La Sirena

Montes

2

ARITMÉTICA GENER

POR

EDUARDO BENOT

Cuaderno 45—2 reales

(Contiene las entregas 50 á 53)

ADMINISTRACION

CALLE DE DON MARTÍN, 13.

TELÉFONO NÚMERO 3.197

—

MADRID

LA SIRENA.

ZARZUELA EN TRES ACTOS, ARREGLADA DEL FRANCES,

POR

D. LUIS DE MONTES.

Música de D. ANTONIO ROVIRA.

Estrenada con gran éxito en el teatro del Circo
el 21 de julio de 1858.



MADRID.
IMPRENTA DE C. GONZALEZ, CALLE DE SAN ANTON, NÚM. 26.
1858.

de Astrarena

PERSONAGES.	ACTORES.
ZERLINA, *hermana de Genaro*.	Doña Elisa Villó.
BEATRIZ, *criada*.	Doña Laura Garcia.
GENARO, *aventurero*. . . .	Don Tirso de Obregon.
ESCIPION, *oficial de marina*.	Don Manuel Sanz.
BOLBAYA, *Director de los teatros de la córte*.	Don Mariano Fernandez.
EL DUQUE DE POPOLI. .	Don José Olave.
PECCHION, *compañero de Genaro*.	Don Manuel Franco.

La escena pasa en las montañas de los Abruzos.

ACTO PRIMERO

El teatro representa el interior de la casa del cura en la aldea de Castel di Sagro: en el fondo dos ventanas y una puerta: otras dos laterales. A la derecha, en primer término, una mesa con recado de escribir, sillas etc. etc.

ESCENA PRIMERA.

INTRODUCCION.

BEATRIZ.—BOLBAYA.—ESCIPION.—CORO DE ALDEANOS.

(*Oyese ruido de lluvia y de tormenta; suenan golpes repetidos en la puerta de la derecha; á poco sale Beatriz por la de la izquierda.*)

BEATRIZ. Quién llama así á la puerta?
COROS. (*Dentro.*)
Abrid, señora: abrid.

(*Abre Beatriz, y entran todos sacudiendo las capas y los sombreros.*)

CORO. Qué caminos tan fatales!
qué senderos infernales!
Con la lluvia y con el viento
no se puede transitar.
En el monte estraviado
(*Señalando á Bolbaya.*)
al señor hemos hallado,

arrecido, medio muerto,
sin poder casi marchar.
BEATRIZ. Mas qué miro! no me engaño:
es mi amo! Bien venido!
CORO. Vuestro amo?
BOLBAYA. Que rendido
en su casa llega á entrar.
CORO. Vuestra casa?
BEATRIZ. Sí; su casa.
CORO. Antes era de un anciano.
BOLBAYA. Escuchadme, que el arcano
voy al punto á descifrar.
CORO. Escuchemos.
BEATRIZ. Escuchad!

ARIA.

BOLBAYA. En esta aldea crecieron
unidos dos hermanos:
el uno dió en lo místico;
el otro en lo profano.
Gaspar quiso ser cura,
Melchor maestro de canto;
aquel llegó á presbitero
aqui, en Castel di Sagro;
mas yo marchéme á Nápoles
de músico á un teatro,
del cual rápidamente
llegué á ser director.
CORO. Muy pronto conseguísteis
tan alta posicion.
BEATRIZ. No interrumpais, señores,
tan grata narracion.
BOLBAYA. Yo tocaba, amigos mios,
con muchisimo primor,
el violin, el violoncello,
y la viola y el violon.
CORO. El violin y el violoncello!
BOLBAYA. Y la viola y el violon.
En mis lábios resonaban,
con acento seductor
el obóe, y el clarinete,
y la flauta y el fagot.

Coro. El obóe y el clarinete!
Bolbaya. Y la flauta y el fagot.
Todo el mundo se estasiaba
si tocaba el serpenton,
ó la trompa, ó los timbales,
ó el chinesco, ó el tambor
Coro. El chinesco y los timbales!
Bolbaya. Y la trompa ó el tambor.
Coro. Un tesoro de armonia,
gran maestro, existe en vos.
Bolbaya. Ya mi rey lo reconoce,
pues por él soy director
de la ópera, en San Cárlos,
de la cual soy el timon.
Coro. Viva, viva el gran maestro,
pues se ve ya director
de la ópera en San Cárlos,
de la cual es el timon.

Escipion. Brabo, maestro: pero con la enumeracion de vuestros triunfos no nos habeis contestado todavia, cómo es vuestra esta casa.

Bolbaya. Es verdad. Mi hermano Gaspar murió de cura de esta aldea; y como yo soy su único heredero, su casa y todo lo que hay en ella me pertenece: ¿no es asi, Beatriz?

Beatriz. Sí señor.

Bolbaya. Vamos; mueve pronto los talones, y saca de beber á esta buena gente.

Beatriz. Voy al punto.

Uno del coro. Gracias, señor maestro: parece que la tormenta ha disminuido, y aprovechamos la ocasion para retirarnos *(Cojen las capas y se van.)*

Bolbaya. Id con dios.

ESCENA II.

Beatriz.—Escipion.—Bolbaya.

Bolbaya. *(A Escipion.)* Vamos, amigo mio; aquí podeis quedaros; pues esta casa es muy vuestra.

Escipion. Lo agradezco. Y ¿qué os ha traido por estas montañas, señor maestro?

Bolbaya. Pasaba por aqui con direccion á Nápoles, buscando una prima donna para completar mi compañia.

Beatriz. Viajábais solo?

Bolbaya. Quizá haga mal en ello; porque, si es cierto lo que cuentan de la partida de bandidos capitaneados por el infernal Marco-Tempesta...

Escipion. Bandidos!.. no lo creais; son contrabandistas, y su gefe no hace mal á nadie cuando se le deja desembarcar y vender sus géneros.

Bolbaya. Y cuando se lo impiden?

Escipion. Entonces anda á tiros con los aduaneros y los soldados de marina.

Bolbaya. Eso es otra cosa: y decidme, ¿vais tambien á Nápoles?

Escipion. Sí, y tengo mucha prisa de llegar.

Bolbaya. Ya: os esperará tal vez alguna linda napolitana...

Escipion. Es posible, pues hace ya mas de un año que salí de aquella ciudad. Puesto que la tormenta ha cesado, si me lo permitís, me marcho.

Bolbaya. (*Deteniéndole.*) De ningun modo: ¿no ois llover otra vez? Esperad que escampe, y nos iremos juntos; entretanto examinaré los documentos de la herencia.

Escipion. Ya comprendo la causa de haberos detenido en este pueblo.

Bolbaya. No es esa la única; hay otra mas importante. En la posada que hay al pie de los Abruzos, oí anoche hablar de una voz melodiosa, que, de algun tiempo á esta parte, se hace oir en diversos puntos de la montaña.

Escipion. De veras?

Bolbaya. Dicen que es una voz tan hermosa, que cuantos la oyen se dirigen involuntariamente hácia donde resuena, con riesgo de despeñarse en los precipicios que hay en el camino.

Escipion. Es estraordinario lo que decís.

Bolbaya. Añaden que en las inmediaciones de este presbiterio es donde con mas frecuencia se la suele oir. Como estoy buscando, segun os he dicho,

una buena voz para mi compañía, me he decidido á averiguar por mí mismo si la de la Sirena, segun la llaman, es tan magnífica como me la ponderan.

ESCIPION. Cosa mas singular! Anoche mismo, en la aldea inmediata, oí yo tambien hablar de esa Sirena, de la que me contaron...

BOLBAYA. (*Con curiosidad.*) Qué os contaron? (*Se oye ruido fuera y comienza el preludio.*)

BEATRIZ. Ay, dios mio!

BOLBAYA. Calla!—Continuad, amigo mio, decid lo que os contaron de la Sirena.

ESCIPION. Escuchad.

En noche silenciosa
resuena en la montaña,
lejana y misteriosa,
dulcísima una voz.
Si aproximarse ansía
incauto el que la escucha,
caer quizá podria
en precipicio atroz.

(*Oyese á lo lejos y fuera una voz vocalizando.*)

VOZ. Ah! ah! ah! ah! ah! ah!

ESCIPION. La jóven seductora
de voz encantadora,
si alguno la persigue
la muerte encuentra allí.

(*Vuelve á oirse la voz mas cerca.*)

VOZ. Ah! ah! ah! ah! ah! ah!

ESCIPION. Su voz es la que suena;
se acerca la Sirena.

BOLBAYA. La voz que me enagena
parece de una hurí.

ESCIPION. La voz que me enagena
resuena grata aquí.
(*Señala al corazon.*)

(*Vuelve á oirse mas cerca la voz.*

Ah! ah! ah! ah! ah! ah!

(*Se oyen golpes en la puerta derecha y Beatriz va á abrir.*)

Bolbaya. Qué vas á hacer? estáte quieta: no abras!
Escipion. Y por qué no ha de abrir?

ESCENA III.

Dichos.—Genaro.

Bolbaya. (*A Beatriz.*) No abras, te repito. (*Viendo entrar á Genaro.*) Quién es ese hombre?
Genaro. Un viajero que cuando llueve, prefiere estar á cubierto á recibir el turbion.
Bolbaya. Es que mi casa no es ninguna posada ni hospederia.
Genaro. Ya sé que esta es la casa donde el señor cura acoje á todo el que llega.
Bolbaya. El señor cura podria acojer á cuanto vagabundo le diera la gana; pero yo quiero conocer á los que recibo, porque esta casa me pertenece, como su hermano y heredero.
Genaro. Ah! sois vos el heredero?
Bolbaya. Muchito que lo soy: y qué tenemos? Para qué me mirais con tanto descaro? Hay en mí algo de estraordinario?
Genaro. No, sino ordinario y muy ordinario: sois el señor Melchor Bolbaya...
Bolbaya. Calla! me conoce!
Genaro. Maestro de canto.
Bolbaya. Es cierto.
Genaro. Director del teatro de San Cárlos.
Bolbaya. (*Con orgullo.*) Cabal.
Genaro. Con una fortuna inmensa.
Bolbaya (*Idem.*) Pechts....
Genaro. Y un alma pequeñísima.
Bolbaya. Poco á poco, señor mio: qué es eso de pequeñísima?
Genaro. Lo digo porque siendo tan rico, habeis venido á recoger la modesta herencia del buen cura, en lugar de dejarla á la escelente señora Beatriz, su ama de gobierno.
Beatriz. Tambien me conoce!
Bolbaya. Muchas gracias por el consejo, que ni os he pedido, ni lo necesito. Y puesto que cada uno es

rey en su casa, yo, que estoy en la mia, os intimo que tomeis la puerta.

GENARO. (*Sentándose y sacando una pipa que carga y enciende.*) Sí? pues entonces tomo una silla.

BOLBAYA. Insolente! (*A Beatriz.*) Anda inmediatamente y llama al Podestá.

BEATRIZ. Estais en vos?

BOLBAYA. (*A Escipion.*) Y vos, mi compañero y mi huésped, cómo permitis que se me trate así?

ESCIPION. Tranquilizaos.

BOLBAYA. Con que es decir que yo no mando en mi casa? Con que es decir que cualquiera puede insultarme en ella, sin que tenga el derecho de plantarlo en la calle? Es mi casa alguna heredad abierta, alguna plaza pública para que esté en ella todo el que le dé la gana? Vamos, prontito, á la calle.

ESCIPION. Pero no veis que está diluviando?

BOLBAYA. Y qué tengo que ver con la lluvia? He mandado yo llover?

ESCIPION. Seguramente que no: pero si hubiérais estado como yo noches enteras al aire libre, muriéndome de frio y de hambre, conoceríais que no debe rehusarse jamás un asilo al pobre viajero. (*Genaro se levanta, estrecha la mano de Escipion, y vuelve á sentarse y á fumar.*) Creedme, maestro, concededle voluntariamente la hospitalidad, que, segun veis, está resuelto á tomar á todo trance.

BOLBAYA. Voluntariamente!...

ESCIPION. Sosegaos. (*Mira por la ventana.*) El cielo vá aclarándose; cuando lo esté del todo, yo me encargo de despedir á ese hombre.

BOLBAYA. Enhorabuena: por vos lo hago, solamente por vos. (*A Beatriz.*) En el despacho de mi hermano te espero para que me ayudes á examinar los papeles y las cuentas.

BEATRIZ. Está bien.

GENARO. (*A Bolbaya que se marcha.*) No me envieis de cenar, señor huésped, porque sería abusar de vuestra hospitalidad. (*Bolbaya sale colérico.*)

ESCENA IV.

GENARO.—ESCIPION.—BEATRIZ.

GENARO. Confieso que para calentar el estómago no me vendria mal ahora un vaso de vino.
BEATRIZ. (*Abriendo un armario.*) Voy á dároslo.
GENARO. No quiero vino de ese miserable.
BEATRIZ. No es suyo: lo he comprado yo con mis ahorros.
GENARO. Eso es otra cosa: si el camarada quiere echar un trago conmigo...
ESCIPION. Con mucho gusto. (*Sentándose en frente de él al otro lado de la mesa.*)
GENARO. (*Llena los dos vasos y alza el suyo.*) Yo no soy como el maestro Bolbaya: jamás pregunto la procedencia ni el nombre del vino: cualquiera que sea, le doy al punto hospitalidad. (*Bebe.*) Pero, Dios me perdone!...
ESCIPION. Es lácrima-Cristi.
GENARO. Y del mejor.
BEATRIZ. Es natural, pues es de una botella que guardo hace ya mas de diez años.
ESCIPION. Para quién?
BEATRIZ. Para el hijo de la casa... para el niño á quien he criado.
GENARO. Vos?
BEATRIZ. Sí: eso sucedió cuando las tropas reales obligaron á los contrabandistas á abandonar la montaña. Me parece que es ahora cuando una noche, la Noche-buena por mas señas, nos encontramos en la puerta de la casa, dentro de un gran cesto, dos preciosas criaturas; dos niños, al parecer gemelos... El señor cura no podia hacerse cargo de la niña, y la envió al hospicio de huérfanas de Nápoles; pero quiso ser padrino del niño, y le crió... ó, mejor dicho, me dejó que le criase. Era tan guapo mi Francisco, pero tan travieso!... todo cuanto tocaba lo hacia añicos; era un diablillo; y sin embargo, tenia tan buen corazon y nos amaba tanto... Apenas cumplió doce años, cuando un dia, sin saber

cómo, nos le quitaron. Cuánto lloré por mi niño!

ESCIPION. Sospechais quién os lo quitó?

BEATRIZ. De seguro, Marco-Tempesta y su cuadrilla, que volvieron á aparecer en la montaña... Odio tanto á ese malvado, que daria cuanto tengo por verle ahorcar á él y á todos los suyos.

GENARO. Y desde entonces no habeis vuelto á saber de Francisco?

BEATRIZ. Sí señor: todos los años, en la Noche-buena, recibiamos mi amo y yo regalos magníficos con un papel que decia: *Para el señor cura, de parte de su ahijado.* Pero hace ya dos años que no hemos vuelto á saber de él, lo cual me prueba que el pobrecillo no existe. Sin embargo, el señor cura ha dispuesto en su testamento, que si parece nuestro Francisco, sea suya la mitad de sus bienes. (*Mirando á Genaro que llora.*) Qué teneis? os hace eso derramar lágrimas?

GENARO. (*Enjugándoselas.*) A mí? Y por qué?

BEATRIZ. Además, al morir me dijo: quiero que tú misma le entregues, con mi bendicion, que no puedo darle, este retrato...

GENARO. (*Tomándolo vivamente y mirándolo.*) Es el suyo!

BEATRIZ. (*Continuando.*) Si es digno de él, y si, como lo espero, es un hombre de bien.

GENARO. (*Devolviendo el retrato.*) Tomad! tomad! (*A Escipion como un hombre que quiere aturdirse.*) Otro vaso, camarada. (*Se oye una campanilla en la habitacion que hay en la izquierda.*)

BEATRIZ Voy, voy! (*Sale por la izquierda.*)

ESCENA V.

GENARO.—ESCIPION. (*Bebiendo.*)

GENARO. No estrañareis que desee saber vuestro nombre.

ESCIPION. No tengo ninguno.

GENARO. Ni yo tampoco.

ESCIPION. He elegido el de Escipion.

GENARO. Y yo me he puesto el de Genaro. Teneis madre?

ESCIPION. Murió hace mucho tiempo.

GENARO. Lo mismo le sucedió á la mia. Teneis amigos?

ESCIPION. Si quereis serlo mio, tendré uno desde hoy.

GENARO. Venga esa mano! desde que os vi, senti una inclinacion hácia vos... seremos amigos: teneis bienes de fortuna?

ESCIPION. Ningunos.

GENARO. Ni yo: tenia algunos, mas los he perdido... He jurado matar al que me los arrebató.

ESCIPION. Es justo: y ¿en qué consistian?

GENARO. En efectos de comercio.

ESCIPION. Erais comerciante! hermosa carrera!

GENARO. Eso es segun y como se la considera: la vuestra es mucho mejor: oficial de Marina... Pero á veces no es uno dueño de elegir su profesion: yo he seguido la de mi padre.

ESCIPION. Era tambien negociante?

GENARO. Con efecto, negociante. Casi era yo un niño, cuando me llevó á su lado, y me enseñó el manejo de los negocios: á poco murió, y los dejó...

ESCIPION. Florecientes?

GENARO. Endiabladamente embrollados... aunque yo era muy jóven cuando faltó mi padre, quedé, como podeis figuraros, de gefe de la casa de comercio... mas aun... de gefe de la familia... porque tengo una hermana de quien estuve separado mucho tiempo, y con quien al fin me he reunido... proponiéndome establecerla y dotarla como á una duquesa tan luego como se rehaga mi fortuna. He aqui mi historia. Y la vuestra?

ESCIPION. No es muy larga. No he sido tan dichoso como vos, porque no he conocido á mi padre, que era un gran señor, segun decia mi madre, bien que jamas pronunciase su nombre ; porque habia sido engañada y abandonada por él. Yo crecí en las plazas y en los muelles de Nápoles como un verdadero lazzarone, y unas veces era remero en las lanchas, y otras pescador. Asi llegué á ser marinero y luego soldado, hasta que despues de cinco años de servicios y de haber recibido cuatro heridas, me nombraron capitan de un falucho, con cien piastras de sueldo al año.

GENARO. Nada mas que eso? Ah! si yo os hubiera conocido antes, os habria asociado á mi comercio que exije á veces un marino experto y valiente, y en que se puede ganar en una semana tanto como ganais en todo un año. Pero eso no importa, capitan Escipion; somos de una misma edad, sois valiente y nada poseeis: me convenis; y cuando una persona me agrada, me encargo de hacer su fortuna... Quiero casaros.

ESCIPION. (*Admirado.*) A mí?

GENARO. Quereis ó no?

ESCIPION. Os diría que sí, á no estar enamorado de una jóven que, como yo, nada posee.

GENARO. Eso es otra cosa.

ESCIPION. La amo desde la infancia... Por ella me hice soldado. La he prometido darla mi mano cuando regresára.

GENARO. Puesto que hay un juramento de por medio, nada he dicho... no hablemos mas del particular. Y á dónde caminais ahora? (*Se levantan.*)

ESCIPION. A Nápoles.

GENARO. Para volverla á ver?

ESCIPION. Sí, y para presentarme al rey.

GENARO. Vos, capitan, y para qué?

ESCIPION. Habeis oido hablar de Marco-Tempesta, el famoso contrabandista?

GENARO. Sí.

ESCIPION. Pues bien: habia embarcado todos sus tesoros y sus mercancías en un barco, al mando de su teniente Pecchion, para conducirlos á Génova ó Marsella, á fin de establecerse allí y dejar el contrabando para siempre...

GENARO. Y qué?

ESCIPION. Con una falsa maniobra atrajo al gobernador de la provincia, duque de Pópoli, y á las tropas de su mando hácia estas montañas de los Abruzos, dejando libre por consiguiente la costa; pero desgraciadamente para Marco, yo me hallaba de crucero en las aguas inmediatas con mi falucho El Etna.

GENARO. (*Despues de un movimiento de cólera que reprime.*) Ah! con que fuísteis vos...

ESCIPION. Sí.

Genaro. Quien se apoderó de un cargamento que valia quinientas mil piastras y de las dos terceras partes de su gente?

Escipion. (*Con orgullo.*) Con efecto, yo he sido.

Genaro. Pues no deja de ser osadía la vuestra cuando os internais en estas montañas solo; porque Marco-Tempesta y los suyos han jurado deshacerse por cualquier medio del capitan del Etna.

Escipion. Pues yo, camarada, para ser capitan de fragata, y casarme con la que amo, he jurado tambien apoderarme muerto ó vivo de Marco-Tempesta.

Genaro. Está bien; venga esa mano.

DUO.

Escipion. Si á mi vista se presenta
por feliz casualidad,
en el punto los aceros
la cuestion decidirán.

Genaro. Si á su vista se presenta
cuando sea su voluntad,
en el punto los aceros
la cuestion decidirán.

Escipion. Yo sabré reconocerle.

Genaro. Lo vereis pronto quizá.

Escipion. Mas no sé donde encontrarlo.

Genaro. De buscaros es capaz.

(*Se dirige á él, empuñando su puñal; pero al oir la voz de la Sirena se detiene, sin que Escipion haya notado nada.*)

La voz. (*Fuera, vocalizando.*)
Ah! ah! ah! ah! ah! ah! ah!
ah! ah! ah! ah! ah! ah! ah!

Escipion. (*Sorprendido.*)
La Sirena!

Genaro. (*Sonriéndose.*)
La Sirena.

Escipion. Es su acento celestial.

Genaro. No os creí supersticioso;
me engañaba, capitan.

La voz. (*Dentro mas cerca.*)
Ah! ah! ah! ah! ah! ah! ah!

Escipion. Ya la voz vuelve á sonar.

La voz. Ah! ah! ah! ah! ah! ah!
ah! ah! ah! ah! ah! ah!

ah! ah! ah! ah! ah! ah!
ah! ah! ah! ah! ah! ah!
ah! ah! ah! ah! ah! ah!
ah! ah! ah! ah! ah! ah!
ah! ah! ah! ah! ah! ah!
ah! ah! ah! ah! ah! ah!

ESCIPION. La voz encantadora
conmueve mis sentidos,
y al alma le recuerda
acentos conocidos.
Mas no puede ser ella
la cándida doncella
que adoro delirante
con férvida pasion.

GENARO. La voz encantadora
conmueve sus sentidos:
vacila, y se figura
le engañan sus oidos.
Es cierto; pues no es ella
la cándida doncella
que adora el pobre mozo
con férvida pasion.

Me sorprende que un valiente
que prender quiere al bandido,
escuchando esos acentos
aparezca estremecido.

ESCIPION. Yo temblar!
GENARO. Asi parece!
ESCIPION. Nunca tiemblo, es ilusion.
GENARO. Aun lo dudo!
ESCIPION. Lo dudais?
GENARO. Consultad al corazon.
ESCIPION. Así que en el campo
esté el enemigo,
veráse si abrigo
cobarde temor.
Si el pecho se agita
con ecos suaves,
tranquilo palpita
en lances de honor.
GENARO. Si luego en el campo

se encuentra conmigo,
veré si consigo
matar al traidor.
Su pecho se agita
con ecos suaves;
sin duda palpita
de susto y temor.

VOZ. (*Dentro.*)
Ah! ah! ah! ah! ah!
ah! ah! ah! ah! ah!

GENARO. El eco os agita.

ESCIPION. No abrigo temor.

ESCIPION.

Así que en el campo
esté el enemigo, etc.

GENARO.

Si luego en el campo.
se encuentra conmigo, etc.

ESCENA VI.

Dichos.—BOLBAYA.—BEATRIZ, *que salen por la izquierda.*

BOLBAYA. Silencio! que es la Sirena.

BEATRIZ. Con efecto, está debajo de esta ventana. (*Abriendo la ventana de la izquierda.*)

BOLBAYA. (*Á Beatriz.*) Ven conmigo á ver si podemos cogerla.

BEATRIZ. (*Asustada.*) Id vos solo! yo no me atrevo.

ESCIPION. (*Á Bolbaya.*) Yo os acompañaré. (*Aparte.*) Quiero aclarar mis sospechas.

BOLBAYA. (*Aparte.*) Si echándole mano agarrara á la prima donna que busco...

ESCIPION. Marchemos. (*Sale con Bolbaya por la puerta del fondo sin tomar los sombreros.*)

GENARO. (*Aparte.*) Pobre nécio! (*Se asoma á la ventana izquierda y da un silbido; cierra aquella y baja á la escena.*)

ESCENA VII.

GENARO Y BEATRIZ.

GENARO. (*Aparte.*) El canto quiere decirme que el gobernador ó el destacamento se acerca á este pueblo. (*Llaman á la puerta derecha.*)
BEATRIZ. ¿Quién llama?
UNA VOZ. (*Fuera.*) Abrid al señor duque de Pópoli.
BEATRIZ. (*A Genaro.*) El duque de Pópoli! ¿Y quién es eso?
GENARO. Eso es un vestido sobre el cual hay bordados de oro, y debajo nada.
BEATRIZ. Entonces deberé abrir.
GENARO. Ahí no es nada: abrid pronto al gobernador de los Abruzos, omnipotente durante el último reinado omnipotente en el que le siguió... no tiene mas que una habilidad; la de estar siempre en favor.
BEATRIZ. Y yo que le hago aguardar en la puerta. (*Abriendo.*) Entrad, entrad, monseñor.

ESCENA VIII.

Dichos.—EL DUQUE *embozado en una capa, y seguido de dos lacayos, que salen á una señal de su amo.)*

DUQUE. (*Entrando.*) Por fin llegué: ¿dónde está el dueño de esta casa?
GENARO. (*Acercándose.*) Monseñor, acaba de salir.
DUQUE. (*Mirándole con el lente.*) Ah! eres tú, Genaro?
BEATRIZ. (*Bajo á Genaro.*) Os conoce?
GENARO. (*Idem á Beatriz.*) He tenido el honor de pertenecer á su servidumbre.
DUQUE. (*A Beatriz.*) Podré descansar aquí, mientras llegan unas personas que me han citado para esta casa?
BEATRIZ. Todo el tiempo que V. E. guste. (*Haciendo una reverencia. Genaro ayuda al duque á quitarle la capa; la dá á Beatriz.*)

DUQUE. (*A Beatriz.*) Podeis marchar á vuestros quehaceres. (*Sale Beatriz llevándose la capa, por la puerta izquierda.*)

ESCENA IX.

DUQUE.—GENARO.

DUQUE. (*Sentado, á Genaro que permanece de pié á su lado.*) Qué has venido á hacer por aqui?

GENARO. Vivo en una posada que hay en estas montañas.

DUQUE. Cuánto me alegro de verte! Recuerdo que cuando estuviste á mi servicio eras tan ingenioso para disponer banquetes, fiestas... apropósito: mañana tengo que dar una á toda la Córte en mi palacio de Pescara. Fuiste un majadero en separarte de mí, pues apenas estuviste un mes en mi casa.

GENARO. Mucho mas, monseñor.

DUQUE. No: conservo perfectamente las fechas... Entraste en mi palacio... poco tiempo antes del lance que me sucedió con el condenado de Marco-Tempesta.

GENARO. Es verdad!

DUQUE. Fué justamente cuando en tiempo del último rey se le aprehendieron una infinidad de cargas de contrabando que valian sobre doscientas mil piatras.

GENARO. (*Sonriéndose.*) Y que V. E. hizo quemar en la plaza pública.

DUQUE. (*Con importancia.*) Cabal!

GENARO. (*Idem.*) Y por las cuales se atrevió á pediros una indemnizacion.

DUQUE. Que le rehusé como debia.

GENARO. Y que tuvo la insolencia de haceros pagar.

DUQUE. Con efecto: recuerdo que daba un espléndido banquete al embajador de España: la mesa en que brillaba un magnífico servicio de plata labrada, de inmenso valor, estaba servida por veinticinco criados, que tuve que buscar, por no ser suficiente los mios que casi todos se hallaban en Nápoles.

de Astrarena

GENARO. Recuerdo yo tambien que estaban muy gallardos con las ricas libreas de vuestra casa.

DUQUE. Pues bien; á los postres desaparecieron todos con la vagilla completa.

GENARO. Oiga!..

DUQUE. Eran veinticinco galafates de la partida de Marco-Tempesta.

GENARO. (*Riéndose.*) Pero no hay que negar á este que sabe hacer las cosas en regla: pues si os arrebató la vagilla, os dejó en cambio un recibo de las mercancias que le habiais quemado.

DUQUE. Con efecto: la broma era ingeniosa; pero eso no le impedirá ser ahorcado si llego á cogerle.

GENARO. Y tanto como que le cogereis!

DUQUE. Ya he recibido la órden de prenderle. Para ello y para estinguir su partida, se me ha mandado aplicar las quinientas mil piastras que les ha cogido el capitan del Etna.

GENARO. Ah!!! Con que han puesto á vuestra disposicion las quinientas mil piastras?

DUQUE. Las tengo en mi palacio de Pescara.

GENARO. Y empezais hoy la campaña contra él?

DUQUE. (*Con fatuidad.*) No. Vengo aquí para cierta aventura...

GENARO. Una aventura.

DUQUE. Estaba anoche en el baile que dió la princesa Negroni, cuando se me acercó una máscara, y me dijo que si venia hoy á esta casa, me comunicaria un importante secreto.

GENARO. Eso se adivina fácilmente; alguna linda duquesa seducida por vuestras gracias...

DUQUE. No tendria nada de estraño, pues no he sido muy desgraciado con las damas... pero veo que se me hace esperar mucho. (*En este momento tiran por la ventana una carta sugeta á una piedra.*)

GENARO. (*Cogiendo la carta.*) Esperad. (*Lée.*) Al señor duque de Pópoli, gobernador de los Abruzos.

DUQUE. (*Sonriéndose.*) Ah! ah! Léeme ese billete, porque desde que la moda nos obliga á ser cortos de vista, me cuesta tanto trabajo leer... A ver la firma... quizá no la haya: es natural. (*Se sienta.*)

GENARO. (*Mirando la carta que ha abierto.*) Pues sí la hay.

DUQUE. Cómo dice?

GENARO. (*Leyendo.*) «La Sirena.»

DUQUE. (*Alborozado.*) La Sirena!... esa ninfa invisible... esa voz misteriosa... Mira tú; yo que siempre he sido apasionado á la música... Ya te escucho, Genaro.

GENARO. (*Leyendo.*) «Monseñor: Vuestro hermano mayor »Odoardo de Pópoli, no pudiendo seducir á una »jóven montañesa de los Abruzos, llamada Ma»ría Vergani, de quien estaba ciegamente ena»morado, quiso engañarla con un matrimonio «fingido!

DUQUE. (*Meciéndose en su silla.*) Y qué tengo yo que ver con esa historia?

GENARO. (*Continuando.*) «Pero el bribon á quien se con»fió el duque, quiso ser una vez hombre de »bien, y llevó, sin decir nada á nadie, un sa»cerdote verdadero y testigos tambien legíti»mos. La partida de casamiento en toda regla, »ha venido á parar á mis manos.

DUQUE. Qué quiere decir eso?

GENARO. (*Continuando.*) »Si la publico, podrá María »Vergani ó los suyos reclamaros el título de »duque de Pópoli, y con él, perdereis además »sus bienes, que valen muchos millones de »piastras.

DUQUE. (*Colérico.*) Qué insolencia!

GENARO. (*Continuando.*) »Nosotros podriamos entender»nos por menor suma, sin contar con el título »que conservaríais.

DUQUE. Qué se quiere decir con esto?

GENARO. (*Continuando.*) «Yo os entregaré la partida de »que depende vuestra suerte, en cambio de las »500,000 piastras que reteneis injustamente á »Marco-Tempesta y compañía, negociantes, »bajo la condicion de que me lleveis vos mismo »dicha suma en billetes del banco de Nápoles, »esta noche á las nueve, á la Piedra Negra, en »donde os aguardo.=La Sirena.»

«P. D. Estoy cerca de vos, y espero la respuesta.»

DUQUE. Vaya una atrevida é infernal Sirena!

GENARO. Que no se parece á la que esperábais.

DUQUE. (*Levantándose, á Genaro.*) Dime tu opinion sobre esto.

GENARO. (*Idem.*) Decidme primero la vuestra, monseñor.

DUQUE. (*Apoyándose en el hombro de Genaro y mirando la ventana.*) Has fijado la atencion como yo, en estas palabras: *Estoy cerca de vos*?

GENARO. Lo cual quiere decir que no está lejos.

DUQUE. Ya; pero la partida de casamiento con que me amenaza...

GENARO. (*Con frialdad.*) No puede ser verdadera.

DUQUE. Y si lo fuese?

GENARO. (*Idem.*) Debeis aseguraros de ello con vuestra mirada de lince... y si es auténtica y está en toda regla, no la adquirís por mucho precio.

DUQUE. (*Con cólera.*) Por 500,000 piastras.

GENARO. No las teneis depositadas en vuestro palacio?... además, conoceis mucho mejor que yo las cosas, Monseñor: si preferís perder el título de Duque, y los bienes de vuestro hermano...

DUQUE. Eso no puedo preferirlo de modo ninguno. Escucha, Genaro: hé aquí un lance en que es necesario que desplegues toda tu habilidad. Es forzoso que encuentres á esa María Vergani, que indudablemente ignora todo lo que pasa. Si ella y los suyos no viven, poco me importan las amenazas de la Sirena.

GENARO. Teneis razon.

DUQUE. Si alguno de los Vergani existiese, prométele una cantidad crecida, ó una renta vitalicia, con tal de que se ausente de este pais, ó que te ofrezca, bajo juramento, guardar silencio. Has entendido?

GENARO. Perfectamente; pero habeis olvidado que para estas diligencias se necesitan semanas y aun meses, y tal vez años; y que la Sirena os espera esta misma noche á las nueve; y que si no vais...

DUQUE. (*Vivamente.*) Iré, iré.

GENARO. (*Con frialdad.*) Y yo tambien.

DUQUE. (*Estrechándole la mano.*) Te doy las gracias...

Pero si hasta aquella hora pudiéramos entre los dos hallar un medio...

GENARO. Qué medio!

DUQUE. Quiero decir, alguna combinacion diplomática para no pagar nada, y por el contrario, atraer á la Sirena á una emboscada...

GENARO. *(Con frialdad.)* Esa es una idea que merece pensarse.

ESCENA X.

Dichos.—BEATRIZ *que entra por la derecha.*

BEATRIZ. *(Con un pliego en la mano.)* Han venido á preguntar por V. E.

DUQUE. Alguna mujer?

BEATRIZ. No señor, un soldado.

GENARO. Que no viene á ser lo mismo.

BEATRIZ. Trae este despacho, y está esperando en la puerta.

DUQUE. *(Rompiendo la cubierta.)* Es del capitan del destacamento de Castel di Sagro, á quien tengo encargado hace tiempo que procurase adquirir las señas de Marco-Tempesta.

GENARO. Qué oigo!

DUQUE. Filiacion que quiero hacer copiar y dirigir á todos los destacamentos de cazadores calabreses que baten la montaña... *(A Beatriz.)* Dí al soldado que aguarde la contestacion. *(Vase Beatriz. Saca del pliego dos papeles, coloca uno en la mesa de la derecha, y despliega el otro y empieza á leer.)*

GENARO. *(Queriendo coger el papel.)* Si V. E. quiere que yo se lo lea...

DUQUE. *(Rehusando.)* No, no. Este no es billetito de amor. *(Con gravedad.)* Esto es un asunto que exige discrecion. *(Leyendo.)* «Me tomo la libertad de rogar á V. E. que no se arriesgue á seguir en la montaña el canto de la Sirena.» *(Interrumpiéndose.)* Pues no deja de venir á tiempo la observacion..!

GENARO. *(Aparte.)* Cielos!

DUQUE. (*Continuando.*) »Segun avisos seguros y secre»tos que acabo de recibir, parece que la Sirena »es una jóven muy bella que hace bastante »tiempo vive con Marco-Tempesta. Los cantos »que hace oir por la noche en diversos sitios de »la montaña, son señales con que dá aviso á los »contrabandistas; y á veces la sirven para sepa»rar de su camino á los aduaneros y á las tro»pas que los persiguen.»

GENARO. (*Con sencillez afectada.*) Cosa mas rara!

DUQUE. (*Con fatuidad.*) ¿Te admiras de eso? Ya hace tiempo que lo habia yo sospechado. (*Continúa.*) »En cuanto á las señas de Marco-Tempesta, ad»juntas las hallará V. E. y le aseguro que son »exactísimas...» Vamos á verlas.

GENARO. (*Que ha pasado detrás de él, agarra el papel que hay sobre la mesa derecha: esforzándose por reir y estrujando el papel que tiene en la mano.*) Sí, monseñor; vamos á verlas. (*Se oye ruido de pasos y de un tambor lejano.*)

DUQUE. Espera... no oyes..? (*Aparte.*) Será uno de nuestros destacamentos que sube por la montaña. (*Alto.*) Aguárdame un instante: me ocurre una idea... (*Sale por la derecha.*)

ESCENA XI.

GENARO *solo.*

GENARO. Una idea! como si fuera posible que concibiese ninguna... Veamos esas señas que me tienen sobresaltado. (*Lee.*)

Las señales son exactas,
soy perdido si las ven.

Dulce voz de la Sirena,
cesa, cesa, de cantar;
tus suavísimos acentos
no nos pueden ya salvar.
Y es un dolor

el arribar,
tocar la orilla
y naufragar.
Pobre niña candorosa,
tu inocencia ha de ignorar
que cual ángel nos proteges
con tu canto celestial.
Y es un dolor
el arribar,
tocar la orilla
y naufragar.

——

No nos aturdamos... pensemos en el medio de evitar el golpe que nos amenaza... Ah! eso es! (*Rompe el papel, se sienta en la mesa y coge otro.*) Cambiaré las señas por otras diferentes.

ESCENA XII.

GENARO *en la mesa de la derecha y escribiendo.*— BOLBAYA *y* ESCIPION *entrando por la puerta del fondo á la izquierda, y enjugándose la frente.*

BOLBAYA. (*Arrojándose en un sillon.*) Ay! vengo derrengado.

ESCIPION. Nos ha sido imposible encontrarla.

GENARO. (*Ap. y levantando los ojos sobre Escipion, que está en frente de él.*) Y yo que buscaba un modelo! Este que tengo á la vista es escelente, y así me liberto de un enemigo. (*Se pone á escribir, mirando alternativamente á Escipion.*)

BOLBAYA. (*Sentado.*) Vaya con la Sirenita! pues apenas me ha hecho andar, y todo en valde; sin duda tiene los piés tan ágiles como la garganta.

GENARO. (*Escribiendo.*) Con que no pudísteis cogerla?

BOLBAYA. Cogerla! Decid si pude verla: esa mujer es una hada, es invisible, es inagarrable.

GENARO. (*A Escipion que quiere levantarse.*) No os movais.

ESCIPION. Para qué me mirais con tanta atencion?

GENARO. (*Escribiendo.*) Me estoy riendo de vuestra aventura. (*Ap.*) Ya he concluido. (*Se levanta, dobla el pliego y lo deja sobre la mesa.*)

ESCIPION. (*Tomando los sombreros y dirigiéndose á Bolbaya.*) Marchémonos, que vá siendo ya de noche.

BOLBAYA. Vamos. (*Se dirigen hácia la puerta del fondo.*)

GENARO. Buen viaje!

ESCENA XIII.

Dichos.—EL DUQUE, *que aparece por la puerta de la derecha.*

DUQUE. (*Como dando órdenes á los que quedan fuera.* Andad y decid que todos se coloquen en el sitio que he designado, y volved en seguida. (*A Genaro.*) Mi capa. (*Se aproxima á la mesa, coge el papel y lo lee en silencio con un lente.*)

FINAL.

BOLBAYA. (*Estupefacto.*)
Quien será este personaje!

GENARO. (*A Bolbaya, entrándose en el gabinete de la izquierda.*)
El señor Gobernador.

DUQUE. (*A Bolbaya y á Escipion que le saludan, y sin dejar de leer.*)
Que á las nueve en Piedra Negra
debe estar con precision,
para ver á la Sirena.

BOLBAYA. (*A Escipion.*)
Por allí vamos los dos.

ESCIPION. (*A Bolbaya.*)
Ah! si verla consiguiera...
(*Al Duque.*)
Nos permite, monseñor,
que en la Piedra le aguardemos?

DUQUE. (*Ap.*)
Dónde encuentro yo al bribon!
(*Separa la vista del papel y repara en Escipion, cuyas señas confronta.*)

Mas ¡qué veo... Marco-Tempesta...
y la escolta que marchó!
A prenderle no me atrevo,
que estoy solo, y es atroz.

GENARO. *(Sale con la capa del Duque, á quien dice aparte.)*
Qué sucede?

DUQUE. *(Le lleva á un lado, y señala á Escipion.)*
Vé á Tempesta.

GENARO. *(Ap.)*
El anzuelo se tragó.

DUQUE. *(Con intencion á Escipion y á Bolbaya.)*
Estaré en la Piedra Negra
á las nueve... andad con Dios.

ESCIPION. } A la Piedra Negra iremos
BOLBAYA. } á las nueve, monseñor.

JUNTOS.

BOLBAYA. La ninfa incógnita
del dulce acento
que escapa rápida
si asirla intento,
llevarla á Nápoles
quizá podré.

ESCIPION. La ninfa incógnita
del dulce acento
que escapa rápida
si asirla intento,
entre los árboles
quizá veré.

DUQUE. Si entrasen cándidos
en la floresta,
venganza horrísona
del vil Tempesta
al fin solícito
tomar podré.

GENARO. Mi astucia cómica
al Duque engaña,
(Señala á Escipion.)
que contra el mísero
feroz se ensaña.
Si yo libértome,
feliz seré.

ESCIPION. } (*Al Duque.*)
BOLBAYA. }
A la Piedra Negra iremos,
á las nueve, monseñor.

DUQUE. (*Con intencion.*)
Estaré en la Piedra Negra
á las nueve... andad con Dios!
(*Se marchan Bolbaya y Escipion por la puerta del fondo.*)

ESCENA XIV.

EL DUQUE.—GENARO.—COROS.

GENARO. Es forzoso, señor Duque,
el dinero ir á buscar.

DUQUE. Para qué?

GENARO. Para llevarlo
á la Piedra Negra ya.

DUQUE. (*Maliciosamente.*)
No es preciso.

GENARO. (*Admirado.*)
No es preciso?

DUQUE. (*Con intencion.*)
No es preciso: ven acá.
(*Le lleva á un lado.*)
El medio que te dije
á fin de no pagar,
á mi sútil ingenio
se le ha ocurrido ya.

GENARO. No acierto...

DUQUE. No adivinas?
escucha y lo sabrás.
Tan luego como llegue
Tempesta á aquel lugar,
cincuenta cazadores
que allí ocultos están,
le apuntan, le disparan,
le matan sin chistar,
y véngome del chasco
que dióme el perillan.
Cogemos la Sirena,

que no podrá escapar,
y el acta le quitamos
sin dar un dineral.
¿Qué te parece el medio?

GENARO. Magnífico en verdad!
(*Aparte.*)
Mas juro que si puedo,
por Dios, lo he de estorbar.
(*Coje el sombrero y la capa, y se dispone á marchar.*)

DUQUE. (*Deteniéndole.*)
Dónde vas?

GENARO. A mi posada.

DUQUE. Tente, espera.

GENARO. No es posible.

DUQUE. El camino es muy temible.

GENARO. No me puedo detener.

DUQUE. (*Viendo entrar su escolta por la puerta derecha.*)
Pues mi escolta ha regresado
juntos ambos marcharemos,
y despues te dejaremos
donde quieras.

GENARO. (*Decidiéndose.*) Esta bien!

JUNTOS.

Horror me inspira
tanta maldad,
mas la catástrofe
quiero evitar.

DUQUE. Ya mi venganza
segura está:
seré riquísimo,
no hay que dudar.

CORO. Si en la emboscada
llegase á entrar,
Tempesta el mísero
no escapará.

(*Salen por la puerta de la derecha y cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro está dividido en dos partes: una inferior y otra superior: la primera representa el interior de una posada, practicada en la montaña y dominada por rocas: la segunda figura el monte atravesado por sendas de arriba abajo; árboles, peñascos, etc.: en la posada, á la derecha, una puerta: en primer término una chimenea, hácia la izquierda, y mas allá puertas de habitaciones; en el fondo la puerta de una cueva, y al lado una ventana de la misma: delante de la escena una mesa y bancos. Es de noche; la posada con luz.

ESCENA PRIMERA.

(*En la posada aparecen* Los Contrabandistas *unos sen-ados junto á la mesa, otros de pié y otros tendidos.* Pecchion *con una botella.*

CORO.

—

Unos. Con un vaso de vino
se ahuyenta la tristeza.
Otros. Mas solo con el agua,
redóblanse las penas.
Todos. Malhaya nuestra suerte
que el vino falta ya.
Unos. El agua no mitiga
la sed que nos aqueja.
Otros. Y no basta á aplacarla

tan solo una botella.
TODOS. Bebámosla, bebámosla
que al fin se ha de apurar.
¡Oh tiempos venturosos,
aquellos que en la cueva
yacian empolvadas
botellas á docenas
de Lácrima, de Chipre,
de Oporto y de Jerez!
Aquel dulce recuerdo
redobla la tristeza
que apenas se mitiga
con solo una botella,
que resta rezagada
y aumenta nuestra sed.
Echad algo en el vaso
que al fin se ha de beber.

ESCENA II.

Durante el coro que precede, se ha visto á Genaro atravesar el monte y bajarle hácia la posada: á la conclusion entra por la izquierda: continúa muy piano la orquesta hasta el ária que sigue.)

Dichos.—GENARO.

GENARO. Hola! qué es eso? *(Se levantan todos.)*

PECCH. Los camaradas que se lamentan de que se les ha acabado el vino.

GENARO. Tened paciencia, que pronto volverá á llenarse la bodega.

CONTRAB. Es que...

GENARO. Es forzoso sufrir las alternativas de nuestra vida, que por otra parte está llena de encantos; si no, escuchad.

ARIA.

Por la tropa es perseguido
el audaz contrabandista;
mas no hay nada que resista
á su altiva intrepidez.

Cruza el llano, salta el monte
sobre un potro vigoroso,
que al escape impetuoso
casi no sienta los piés.
»*Corre—Vuela—que nos cercan*»
grita al bruto espumeante,
que. de un brinco, en el instante
á la tropa deja atrás.
Llega al pueblo, y al momento
vende pólvora y tabaco;
y montándose en su jaco
otra vez se vuelve al mar.

CORO. El veloz contrabandista
á los guardas deja atrás.

GENARO. Viva esta vida
de agitacion,
en que se olvida
toda afliccion,
Vino y mujeres,
riesgo y placeres
palpitar hacen
el corazon.

CORO. Vino y mujeres,
riesgo y placeres
palpitar hacen
el corazon.

(*Los contrabandistas entran en la cueva.*)

ESCENA III.

GENARO.—PECCHION.

PECCH. Qué noticias traes?

GENARO. No muy buenas, amigo Pecchion.

PECCH. Y el negocio del duque de Pópoli?

GENARO. Se frustró, pues la fé de casamiento, en cambio de la cual debia dar las quinientas mil piastras, ha preferido adquirirla por un precio mas barato.

PECCH. Cómo?

GENARO. Encargando del pago á cincuenta cazadores calabreses que me esperan en la Piedra Negra.

PECCH. Es preciso que busquemos á María Vergani, si existe, y entregarle el documento para que arruine á nuestro enemigo.

GENARO. Ya; pero entretanto están registrando la montaña numerosos destacamentos de soldados, contra los cuales no es posible luchar con la poca gente que nos queda. Será forzoso que huyamos.

PECCH. Es que la gente no querrá marcharse hasta que recobre las quinientas mil piastras, fruto de sus trabajos; y por lo que hace á mí, te declaro que no me voy de la montaña hasta que mate al capitan del falucho «El Etna.»

GENARO. En cuanto á ese puedes estar tranquilo, porque esta noche habrá dejado de existir. *(Pausa.)* Hablemos de otra cosa: he sabido que las cargas que nos cogieron no están en Nápoles, sino en el palacio del Duque, á la orilla del mar.

PECCH. Junto al rio Pescara?

GENARO. Sí. He pensado que antes de marcharnos de la comarca, debemos buscar el medio de penetrar en el palacio, ya sea por la astucia ó por la fuerza, para recuperar lo que nos pertenece.

PECCH. Magnífica idea.

GENARO. Dime, ha vuelto mi hermana?

PECCH. Todavia no.

GENARO. La habeis oido esta noche?

PECCH. Se sintió su voz hácia el pueblo, pero luego calló.

GENARO. Así se lo encargué.

PECCH. Vendrá con nosotros?

GENARO. No: en esta posada, de que me cree dueño, no hay inconveniente en que viva; pero sí lo hay en que nos acompañe si tenemos que emprender otra vez nuestras operaciones... de todos modos vuelvo á prohibir que nadie le revele quiénes somos, y en qué nos ocupamos.

PECCH. Por qué?

GENARO. *(Con embarazo.)* Por qué?... Mira, Pecchion, verdaderamente es una hermosa profesion la nuestra; pero no todos lo piensan así, y me

temo que no lo piense tampoco mi hermana Zerlina, que cree en la virtud... Quizá no comprendas tú esto.

PECCH. (*Con frialdad.*) Es posible!

GENARO. Yo: qué quieres que te diga? Como pasé mi niñez con un escelente cura, y mi juventud entre vosotros, luchan los recuerdos de aquella época con los de esta, de modo que delante de mi hermana bajo á mi pesar los ojos y estoy... como si dijéramos, cortado. Tampoco comprenderás esto.

PECCH. Tampoco.

GENARO. Por eso quiero hacerla rica, y casarla con un hombre de bien que la haga dichosa, sin que ninguno de los dos llegue á conocer quien soy.

PECCH. Bah! bah! bah!

GENARO. Por ella únicamente he sentido que cogieran nuestro barco, pues por lo que hace á mí... (*Se oye muy lejos cantar.*) Silencio: ella es. Toma unos cuantos hombres, sal con ellos por entre las rocas, y examina si nos amenaza algun peligro. (*Váse Pecchion por la izquierda.*)

ESCENA IV.

GENARO *en la posada.*—ZERLINA *aparece en lo alto de la montaña: baja cogiendo flores silvestres y haciendo un ramo.*

ROMANCE.

ZERLINA. (*Cogiendo las flores.*)
Ah! ah! ah! ah!
ah! ah! ah! ah!

———

(*Arregla el ramillete.*)
Por Lida bella serrana
suspira un viejo achacoso;
con dádivas obsequioso
preténdela conquistar.
Mas Lida rechaza ufana

el don que ofrece alevoso,
pues un amor misterioso
encierra su pecho ya.

(*Coge mas flores, y mientras vocaliza, desaparece un instante y entra por la puerta derecha cantando.*)

Ah! ah! ah! ah!
ah! ah! ah! ah!

———

Riquezas, ni sedas, ni oro
halagan á la doncella,
sin galas está mas bella,
y así la adora Pascual.
Mas triste en acerbo lloro
laméntase de su estrella,
pues riesgos sufre por ella
é ignora si volverá.
Ah! ah! ah! ah!
ah! ah! ah! ah!
(*Dá el ramo á Genaro.*)

———

GENARO. Gracias, hermana mia, por el romance y por el ramo. A no ser por tí, pocos viajeros vendrian á esta posada; pero oyendo tu voz, la siguen y llegan aquí, cenan y hacen gasto, que es cuanto puede desear un posadero.

ZERLINA. Es verdad. Pero algunas veces me envias á que cante en una hora determinada á un sitio elevado por donde no pasa nadie, recomendándome que huya al mas ligero ruido... por qué me encargas eso?

GENARO. Escucha, Zerlina. Cuando por mandato de nuestro padre fuí á buscarte á Nápoles, y viniste aquí ¿no recuerdas lo que te dije de su parte?

ZERLINA. Que debia obedecer cuanto me mandaras, sin preguntar jamás la causa.

GENARO. (*Con dulce acento.*) Pues bien...

ZERLINA. Tienes razon. Lo habia olvidado.

GENARO. Y ¿si lo que te parece misterioso no fuese mas que un medio para hacerte feliz?

ZERLINA. No insisto en saber nada. (*Pausa.*)

GENARO. Quizá tenga que hacer un viaje.
ZERLINA. Voy contigo?
GENARO. No: deberé estar ausente por algun tiempo, y quisiera llevarte á Nápoles á casa de los escelentes comerciantes en donde antes estuviste.
ZERLINA. Y á quienes has recompensado con la mayor generosidad...
GENARO. Te pondrás el vestido que usabas cuando estabas con ellos, y marcharás inmediatamente.
ZERLINA. Tan pronto...
GENARO. Te encargo que no digas á nadie, escepto á ellos, que tienes un hermano... *(A una señal de estrañeza de Zerlina.)* Es preciso.
ZERLINA. Bien: y ¿cuándo volverás?
GENARO. Cuanto antes pueda, porque pienso casarte.
ZERLINA. Casarme!
GENARO. Y darte una rica dote: te lo prometo.
ZERLINA. Es que no tengo prisa en casarme: puedo esperar.
GENARO. Comprendo: no habrás elegido todavia amante?
ZERLINA. (*Bajando los ojos.*) Te equivocas: tengo uno.
GENARO. Desde cuándo?
ZERLINA. (*Con timidez.*) Desde que puedo acordarme... (*Con entusiasmo.*) Desde que existo.
GENARO. Y nada me habias dicho...
ZERLINA. (*Con los ojos bajos.*) Como no me lo habias preguntado...
GENARO. Eso es otra cosa... Entonces díle que se presente, que venga.
ZERLINA. Ojalá pudiera!
GENARO. Pues qué...
ZERLINA. Está ausente. Por eso te decia que podia esperar, pues entretanto...
GENARO. Podrá volver tu amante!
ZERLINA. Eso es!
GENARO. Y qué profesion, qué ejercicio tiene?
ZERLINA. (*Con coqueteria.*) Adivínalo.

DUO.

GENARO. Es obrero?
ZERLINA. Mas que obrero.

GENARO. Labrador?
ZERLINA. Mucho mejor.
GENARO. Comerciante?
ZERLINA. No lo aciertas.
GENARO. Abogado, Juez?
ZERLINA. No! no!
GENARO. No adivino quien ser pueda
el objeto de tu amor.
ZERLINA. Jóven es, guapo y valiente,
y me adora con pasion.
GENARO. Es muy rico?
ZERLINA. Quiere serlo.
GENARO. Será noble!
ZERLINA. Qué sé yo!
GENARO. Tiene madre?
ZERLINA. Madre tuvo.
GENARO. Pues ha muerto?
ZERLINA. De afliccion!
GENARO. Y su nombre acaso sabes?
ZERLINA. La Vergani.
GENARO. Justo Dios!
y su hijo...
ZERLINA. Ser tu hermano.
ambiciona con ardor.
GENARO. (*Con alegria; aparte.*)
Ventura inesperada
apenas sospechada:
de Pópoli la sangre
podrá vengarme al fin.
ZERLINA. (*Aparte.*)
Ventura inesperada
por siempre deseada
tendré, si con mi amante
unirme puedo al fin.
GENARO. Quiero ver presto á tu amante.
ZERLINA. Hace un año se marchó.
GENARO. Es soldado?
ZERLINA. No; marino.
GENARO. Timonel?
ZERLINA. Mucho mejor.
GENARO. Capitan?
ZERLINA. (*Con alegria.*)
Y manda el Etna;

y su nombre es Escipion.

GENARO. *(Aterrado.)*
Escipion!

ZERLINA. *(Alarmada.)*
Qué te sucede.

GENARO. *(Lentamente.)*
Imposible es vuestro amor.

ZERLINA. *(Mas alarmada.)*
Imposible!

(Suenan las nueve á lo lejos.)

GENARO. Sí, Zerlina:
(Aparte.)
Son las nueve... ya murió.

GENARO. *(A Zerlina.)*
Destino inflexible
por siempre os separa:
la union no es posible,
renuncia á tu amor.
(Abrazándola.)
Te queda un hermano
que tierno te adora,
si el hado inhumano
te entrega al dolor.

ZERLINA. Destino terrible
mi dicha acibara;
mas es imposible
que olvide su amor.
Si el hado tirano
cruel nos separa,
divide mi hermano
mi justo dolor.
(Sale Genaro por la puerta derecha.)

ESCENA V.

ZERLINA *sola.*

Qué habrá sucedido! Por qué estará Genaro turbado... conmovido... ha hablado de obstáculos invencibles... no los hay cuando se ama de ve-

ras... Pero, ah Dios mio! (*Asustada.*) Si será que Escipion me habrá olvidado... oh! habrá muer... oh! no, no es posible.

ROMANZA.

«De la azarosa vida
cruzamos el camino,
pensando que el destino
debiamos unir.
Constante, fiel y pura
mi fe te he conservado,
Si no me has olvidado
no tardes, vuelve á mí,
ó si me llamas,
iré hácia tí.»

(*Se pone á arreglar el interior de la posada.*)

ESCENA VI.

ZERLINA *en la posada.*—ESCIPION *y* BOLBAYA *aparecen en lo alto del monte.*

BOLBAYA. (*A Escipion que marcha delante.*) Poquito á poco; no vayais tan deprisa.

ESCIPION. (*Mirando al rededor.*) Hemos perdido el camino.

BOLBAYA. Ya lo creo; como que echásteis á correr como un loco tras la Sirena.

ESCIPION. Pensé que estaba cerca, y por seguirla nos hemos estraviado.

BOLBAYA. Me figuro que estamos en la parte opuesta de la Piedra Negra.

ESCIPION. Y es forzoso ir á ella.

BOLBAYA. Id vos solo si quereis; pues yo estoy rendido y... (*Se oyen algunas vocalizaciones de Zerlina.*)

ESCIPION. (*Aplicando el oido hácia la sierra.*) Callad!

ZERLINA. Un mismo pensamiento
los dos siempre tuvimos,
desque nos prometimos

amor hasta morir.
Constante, fiel y pura
mi fe te he conservado;
Si no me has olvidado
no tardes, vuelve á mí,
ó si me llamas,
iré hácia tí.

ESCIPION. (*En el monte.*)
Te busco y no te encuentro:
do estas, Zerlina? di:
mi voz es quien te llama,
y está cerca de tí.

ZERLINA. (*Escuchando.*)
Su voz es la que escucho:
sonar la siento aquí:
(*Señalando al corazon.*)
si fueses tú mi amante,
no tardes vuelve á mí.

ESCIPION. (*Hablando y llamando.*)
Zerlina, Zerlina.

ZERLINA. (*Aumenta la voz conforme se acerca Escipion.*)
Ah! ah! ah! ah!
ah! ah! ah! ah!

(*Escipion, guiado por la voz, aparece por la puerta izquierda, y dá un grito.*)

ESCIPION. Mi Zerlina!

ZERLINA. Mi Escipion!
(*Corren y se abrazan.*)

ZERLINA. ESCIPION.
Encuentro inesperado,
por siempre deseado:
de júbilo y de dicha
palpita el corazon.

(*Bolbaya, que habia quedado atrás, aparece en la puerta, y al ver á Escipion en los brazos de Zerlina dá un grito y se oculta la cabeza entre las manos.*)

BOLBAYA. Jesus! entre los brazos
la estrecha! Santo Dios!

ESCIPION. Venid! es mi Zerlina!

ZERLINA. Venid! es mi Escipion!

BOLBAYA. Por mas que digan,
no sé qué siento;
ya me arrepiento
de estar aqui.

ZERLINA. / ESCIPION.
Tras larga ausencia,
dueño adorado,
vuelvo á tu lado;
ya soy feliz.
No separarnos
permita el cielo;
contigo anhelo
siempre vivir.

(*Al final de este allegro Bolbaya se acerca á la ventana de la cueva que hay en el fondo, y mira al interior.*)

———

ZERLINA. (*Ap.*) Corro á avisar á mi hermano.
ESCIPION. Zerlina! mi querida Zerlina!
ZERLINA. Espérame, que pronto vuelvo.
(*Sale por la primera puerta derecha.*)

ESCENA VII.

ESCIPION.—BOLBAYA.

ESCIPION. (*Volviéndose hácia Bolbaya, quien sosteniéndose apenas, viene del fondo del teatro asustado y trémulo.*) Qué teneis, señor Bolbaya?
BOLBAYA. (*En voz baja, arrastrándole hácia la puerta.*) Chits! vámonos.
ESCIPION. Por qué nos hemos de ir ahora?
BOLBAYA. Chits... ya os lo diré cuando estemos fuera de aqui.
ESCIPION. Marcharme, cuando he encontrado á la que amaba, cuando va á volver?
BOLBAYA. Por eso mismo.
ESCIPION. Callad!
BOLBAYA. Sabeis quién es esa mujer?
ESCIPION. Ya lo creo.
BOLBAYA. Es la Sirena que nos ha atraido á una cueva de ladrones.

ESCIPION. (*Riyéndose.*) Já! já! já! já!

BOLBAYA. No seais imprudente. Acabo de ver por aquella ventana á una docena de ellos, á quienes por su facha deberia ahorcárseles sin formacion de causa.

ESCIPION. Qué disparate! Serán leñadores...

BOLBAYA. Sí, leñadores; y están armados con carabinas! Vos haced lo que os dé gana. (*En este momento Pecchion y algunos contrabandistas atraviesan el camino del monte, viniendo de la derecha y dirigiéndose á la puerta izquierda de la posada.*)

BOLBAYA. En cuanto á mí, me voy ahora mismo por donde hemos venido. (*Va á salir, y se encuentra á Pecchion y á sus compañeros. Dá un grito de terror.*) Ah!

ESCIPION. Qué es eso? (*Bolbaya huye hácia el fondo de la derecha. Al grito que ha dado salen de la cueva otros contrabandistas. Asustado, retrocede al medio de la escena.*)

ESCENA VIII.

Dichos.—PECCHION.—CONTRABANDISTAS.—*Luego* GENARO.

PECCH. Quién sois?

BOLBAYA. (*Ap.*) Llegó mi última hora!

ESCIPION. Unos viajeros que perdidos en las montañas, han entrado en esta posada, donde piensan pasar la noche.

PECCH. Qué miro! Sois el capitan del Etna!

CONTR. Muera! (*Apuntan con las carabinas á Bolbaya, que cae de rodillas, y á Escipion, que permanece de pié y con la frente erguida: en este momento aparece por la puerta de la derecha Genaro, y se coloca precipitadamente en medio de todos, alzando con los brazos las armas.*)

GENARO. Deteneos!

BOLBAYA. (*Mirándole.*) Santa Madona! es mi huésped de esta mañana.

PECCH. (*Vacilando.*) Capitan.

BOLBAYA. (*A Pecchion.*) Capitan... pues quién es?

PECCH. (*Señalando á Genaro.*) Marco-Tempesta.

BOLBAYA. (*Aterrado.*) Jesucristo!

ESCIPION. (*Admirado y fijando la vista en Genaro.*) Marco-Tempesta!

PECCH. (*A Escipion.*) Que te entrega á nosotros para que venguemos á los compañeros que mataste. (*Se lanza con el puñal en la mano sobre él.*)

GENARO. Quieto, Pecchion. (*Se detiene: los contrabandistas murmuran.*) Hola! quién se atreve á respirar cuando yo mando (*Pausa.*) Acercaos y respondedme. (*A Bolbaya y Escipion.*) Cómo os hallais aquí, cuando debiais estar á las nueve en la Piedra Negra, en donde os habia citado el duque de Pópoli!

ESCIPION. Siguiendo á una persona, cuya voz creí conocer, nos perdimos, y hemos venido á caer en tus manos.

GENARO. Y si yo hubiera caido en las vuestras?

ESCIPION. No hubiéramos tenido piedad de tí.

BOLBAYA. (*Interrumpiéndole.*) No me mezcleis á mí en eso: hablad de vuestra cuenta, porque yo...

GENARO. Basta: capitan Escipion, no eres hijo de Maria Vergani, montañesa de los Abruzos?

ESCIPION. Sí!

PECCH. (*Con sorpresa.*) Qué escucho!

GENARO. Puedes probarlo?

ESCIPION. Fácilmente.

GENARO. Dónde están esas pruebas?

ESCIPION. Con los demás papeles mios, á bordo del Etna.

GENARO. En qué sitio está anclado tu falucho?

ESCIPION. En la embocadura del Pescara, á dos leguas de aquí.

GENARO. Está bien: tu vida nos pertenece: yo debia dejar á mis compañeros que se vengaran; pero no lo haré, por razones particulares que solo yo conozco.

PECCH. (*Bruscamente.*) Cuáles son?

GENARO. Cuáles?... (*Mirándole fijamente.*) Ha venido aquí á pedir la hospitalidad, y quiero que se le respete.

PECCH. No.

GENARO. (*Severamente.*) Sí... (*A Escipion.*) Pero con una condicion, que cumplirás bajo tu palabra de honor.

Escipion. Cuál es?

Genaro. Que inmediatamente vayas á tu buque, y me traigas esta misma noche los documentos de que te he hablado.

Escipion. Juro hacer lo que deseas.

Bolbaya. (*Tímidamente.*) Y yo?

Genaro Tú te quedarás con nosotros en rehenes. Otra cosa además os exijo.

Escipion.
Bolbaya. } Cuál?

Genaro. Que hasta mañana á las doce, suceda lo que suceda, no direis nada de lo que habeis sabido, ni revelareis á nadie quién es Marco-Tempesta.

Escipion. Lo juro.

Bolbaya. Y yo tambien.

Genaro. (*Bajo á Escipion.*) A nadie, entendeis? ni á la jóven á quien poco há vísteis aquí.

Escipion. (*Con alegría.*) Lo ignora acaso?

Genaro. Sí. Mañana no tendremos necesidad de vuestro silencio, y quedareis en libertad.

Pecch. (*Con cólera.*) Eso jamás.

Genaro. (*Con orgullo.*) Desde cuándo no se me obedece en todo lo que mando? (*A varios contrabandistas.*) Llevad al capitan por el camino mas corto: hacedle salir por lo alto de la roca. (*Saluda á Escipion con la mano.*) Hasta luego.

Bolbaya. (*A Escipion que se aleja.*) Que no tardeis mucho. (*Váse Escipion escoltado por muchos contrabandistas por el fondo á la derecha.*)

ESCENA IX.

Dichos, escepto Escipion.

Pecch. Pues no es nada la ocurrencia! enriquecer á nuestro enemigo, hacer de él un señor, un noble...

Genaro. Todo eso haré de èl si se conduce noblemente; si no, nó.

Pecch. Pues bien; nada de eso será. Prefiero romper este papel. (*Quiere hacerlo.*)

Genaro. Imprudente! y si pudiera salvarnos á todos?

TODOS. Cómo! (*Llaman á la puerta izquierda.*)

GENARO. Silencio: no has oido ruido de fusiles?

VOCES. (*Dentro.*) Abrid!

GENARO. Quién llama?

VOCES. (*Dentro.*) Cazadores calabreses!

PECCH. Habrán cerrado la posada.

GENARO. (*A los contrabandistas.*) Adentro; llevaos á ese hombre. (*Designa á Bolbaya y le amenaza.*) Como digais ó hagais la menor cosa que pueda comprometernos, daos por muerto.

BOLBAYA. (*Vivamente.*) No despegaré los lábios: descuidad. (*Sale con los contrabandistas.*)

SOLDAD. (*Dentro llamando con los fusiles.*) Abrid pronto en nombre del Rey.

ESCENA X.

GENARO.—PECCHION.—CAZADORES CALABRESES.

GENARO. (*Abriendo.*) Ante el nombre de S. M. se abren todas las puertas. (*Entran los soldados.*)

GENARO. Venís muchos?

SARGENT. Bastantes.

GENARO. Siento deciros que tengo muy pocas provisiones.

SARGENT. Con que tengais las suficientes para nuestro comandante, que se ha rendido de fatiga al subir la montaña, no se necesitan mas.

GENARO. Quién es vuestro comandante?

SARGENT. Ahí está. (*Aparece el Duque de Pópoli por la puerta izquierda apoyado en dos lacayos y precedido de otros con hachones.*)

GENARO. (*Aparte.*) El Duque de Pópoli!

DUQUE. En dónde estamos?

PECCH. En la mejor posada de la montaña.

DUQUE. Calla! es esto una posada? sois vos el amo?

PECCH. No señor. Soy un viajero.

DUQUE. Dónde está el posadero?

GENARO. A las órdenes de V. E.

DUQUE. Genaro! Está de Dios que hoy te encuentre en todas partes. Recuerdo ahora que esta mañana me dijiste que tenias una posada.

GENARO. Quiere V. E. un vaso de rom? es el único refresco que puedo ofrecerle.

DUQUE. (*Tomando el vaso.*) Con mucho gusto. (*Lo bebe.*)

GENARO. Tambien yo recuerdo que cuando esta noche me separé de vos, os dirijíais hácia la Piedra Negra. Se llevó á cabo la espedicion? (*Los soldados y los lacayos salen por la izquierda.*)

DUQUE. La famosa espedicion que para mayor seguridad habia yo dirigido... de lejos?

GENARO. Efectivamente.

DUQUE. Era de un éxito seguro... si hubiera ido... aquel cobarde.

GENARO. No se habrá atrevido.

DUQUE. Mientras estábamos en la Piedra Negra, recibí otro parte noticiándome que habian visto á Marco-Tempesta dirigirse hácia estos sitios. Pero no temas: toda nuestra tropa se ha situado al rededor de las rocas.—Ya he descansado, y me marcho dejándote para que estés tranquilo, una veintena de soldados.

GENARO. (*Aparte.*) Cielos!

PECCH. (*Bajo.*) Estamos perdidos!

GENARO. (*Al Duque.*) Por qué os vais tan pronto, monseñor?

DUQUE. Porque me esperan en Nápoles, y tengo que pasar antes por mi palacio de Pescara para dar algunas órdenes...

GENARO. (*Como asaltado de una idea.*) Qué magnífico palacio posee V. E. Mucho me alegraria de volverlo á ver.

DUQUE. Ya te he dicho que tengo que dar mañana una fiesta, y por cierto que aun no tengo hechos preparativos ningunos.

GENARO. (*Bajo á Pecchion.*) Nos hemos salvado. (*Alto al Duque.*) Y se apura V. E. por tan pequeña cosa?

DUQUE. Pues no me he de apurar? Estoy tan agoviado con el peso de los negocios públicos, que no me dejan un momento libre para dedicarlo á los placeres... y, mira tú... tengo, como quien dice, que improvisar un sarao. Quisiera que hubiese concierto...

GENARO. Concierto!

DUQUE. Pero habrá que renunciar á ello, pues me faltan artistas.

GENARO. No hay en el mundo ni puede haberlo personage mas afortunado que V. E. Justamente tengo en mi posada al nuevo director del teatro de San Cárlos: el eminente y celebérrimo maestro Bolbaya.

DUQUE. De veras?

GENARO. Hace poco que llegó con parte de su nueva compañía, á la que encontré en la montaña, poco despues de haber sido completamente saqueada por...

DUQUE. Marco-Tempesta...

GENARO. Es posible.

DUQUE. No debes dudarlo.

GENARO. El resultado es que al verlos no se les conoceria, pues no les han dejado nada; los vestidos que tienen son los que les entregaron los ladrones.

DUQUE. Cosa mas rara!

GENARO. Justamente tiene V. E. delante al señor Pecchion, (*Pecchion hace una cortesia.*) segundo bajo cantante: (*Como en confianza al Duque.*) Quién lo habia de reconocer con esa facha?

DUQUE. (*Conteniendo la risa.*) Tienes razon.

GENARO. Pues los demas están lo mismo: en la situaciou en que se encuentran, creo que el señor Bolbaya se dará por muy satisfecho, si logra el alto honor de hacer debutar á sus cantantes bajo la alta proteccion de V. E.

DUQUE. Seguramente que con ella nada podria faltarles.

GENARO. Si quisiérais, podrian instalarse esta noche misma en vuestro palacio...

DUQUE. Hay allí justamente teatro, decoraciones, trajes magníficos...

GENARO. Y mañana tendrian lugar de ensayar lo que habian de cantar á la noche.

PECCH. (*Con voz de bajo.*) Sí, monseñor, será preciso ensayar.

GENARO. De este modo, cuando mañana se reuna la brillante concurrencia que teneis convidada, se hallará con una sorpresa que ninguno aguarda y que ni aun puede sospechar.

PECCH. (*Con voz grave.*) Es cierto, monseñor.

DUQUE. Sabes, Genaro, que eres el hombre de mas re-

cursos y de mas imaginacion que conozco? *(A Pecchion.)* Hacedme el obsequio de decir á vuestro director que tenga la bondad de venir á verme.

PECCH. *(Con voz profunda.)* Con mucho gusto, monseñor.

GENARO. *(En voz baja á Pecchion.)* Has entendido? *(Pecchion contesta que si con la cabeza.)*

ESCENA XI.

Dichos.—BOLBAYA.

EL DUQUE *se ha sentado.—A su lado está de pie* GENARO.—PECCHION *se acerca á la puerta de la caverna.*

PECCH. *(En alta voz.)* Ilustre maestro, S. E. el señor duque de Pópoli quiere hablaros. *(Aparece Bolbaya en la puerta del fondo, que cierra Pecchion tan luego como aquel sale.)*

GENARO. Acercaos, señor Bolbaya.

BOLBAYA. *(Los mira á los tres con admiracion.)* Qué decis?

GENARO. *(A media voz: le enseña un puñal.)* Cuidado con lo que hablas.

BOLBAYA. *(Aparte y temblando.)* No tengo gota de sangre en el cuerpo.

GENARO. *(Al Duque.)* Aqui le teneis. *(A Pecchion.)* Decid á los demas individuos de la compañia del señor maestro que se presenten. *(Sale Pecchion por la puerta derecha.)*

ESCENA XII.

BOLBAYA.—GENARO.—EL DUQUE.

BOLBAYA. *(Aparte mirando á Pecchion.)* Mi compañia! qué está diciendo?

DUQUE. *(Examinando á Bolbaya.)* Me parece que he visto esta noche al señor en el presbiterio. *(Con desconfianza á Genaro.)* Es efectivamente el Director?

GENARO. *(Bajo al Duque.)* Efectivamente.

Duque. (*A Genaro bajo.*) Hay en todo esto una cosa que no veo muy clara: ese hombre viajaba con Marco-Tempesta.

Bolbaya. (*Aparte asustado.*) Qué estarán ahí cuchicheando sin dejar de mirarme?

Genaro. Iria con él sin conocerle.

Duque. Puede ser! (*A Bolbaya con desconfianza.*) Con que sois vos director de ópera, eh?

Bolbaya. (*Temblando y mirando á Genaro.*) Quién yo?...

Duque. (*Bajo á Genaro.*) Se turba. (*A Bolbaya.*) Y os habeis reunido á vuestra nueva compañia?

Bolbaya. (*Aparte queriendo comprender lo que le preguntan.*) Mi compañia? (*Alto al ver un ademan de Genaro.*) Sí, sí: mi compañia! (*Aparte.*) Estoy sudando!

Duque. (*Bajo á Genaro.*) Decididamente ese hombre me inspira sospechas. (*Alto á Bolbaya.*) Teneis vuestro pasaporte?

Bolbaya. Sí, monseñor. (*Sacándole con otros papeles de una cartera.*) Héle aquí, y además mi título y mi privilegio.

Duque. (*Examinándolo.*) Es verdad!.. están en regla... y sin embargo...

Genaro. (*Viendo la puerta derecha que se abre.*) Ahí está la compañia.

ESCENA XIII.

Dichos.—Pecchion *y todos los* Contrabandistas, *saliendo por la segunda puerta de la izquierda, mientras* Genaro *se acerca á la primera de la derecha, haciendo señas á* Zerlina *para que salga.*

Bolbaya. (*Al ver los contrabandistas.*)
Qué miro!
Pecch. (*Amenazándole.*)
Si no callas,
te clavo este puñal.
Bolbaya. De miedo y de espanto
las carnes me tiemblan:
por qué, cielo santo,
aquí llegué á entrar?

Si salgo con vida
de aquesta guarida,
al ángel custodio
ofrezco un cirial.

DUQUE. Será muy brillante
mi fiesta mañana,
pues estos cantantes
lucida la harán.
Quizá no soporte
alguno en la córte
el triunfo que espero
con ellos lograr.

GENARO. Fortuna traidora,
depon tus rigores,
permite que ahora
se logre mi plan.
Así que en palacio
estemos despacio,
las telas y el oro
podré rescatar.

PECCH. Y CORO. Fortuna traidora
depon tus rigores,
permite que ahora
se logre su plan.
Así que en palacio
estemos despacio,
las telas y el oro
podremos sacar.

ZERLINA. Inquieta, anhelante
mi voz le llamaba,
muy lejos mi amante
sin duda estará.
La suerte ha cambiado;
pues ya mi adorado
eterno cariño
me ha vuelto á jurar.

DUQUE. *(A Genaro.)*
Enséñame los cómicos.

GENARO. *(Designando al Duque los principales contrabandistas.)*
Mirad aquí el tenor:
el bajo: el caricato...
coristas estos son.

DUQUE. (*A Genaro.*)
Sus fachas nó me gustan.
GENARO. (*Al Duque.*)
Artistas son de pró,
que cantan de improviso
cualquiera particion;
el *fá grave* dá este:
(*Los señala.*)
estotro sube *al dó.*
DUQUE. Con todo, tengo dudas...
GENARO. No sé por qué razon.
DUQUE. Y cuál música cantan?
GENARO. La cómica, señor;
por eso sus figuras
grotescas algo son.
DUQUE. (*Mirando alrededor.*)
No encuentro prima donna.
GENARO. (*Enseñándole á Zerlina que está á la derecha.*)
Miradla: es como un sol.
DUQUE. (*Mirando con el lente.*)
Por cierto que es muy bella.
(*A Bolbaya.*)
Y tiene buena voz?
BOLBAYA. (*Trémulo y mirando á Genaro.*)
No... si...
GENARO. (*Interrumpiéndole.*)
Cuando canta
dá envidia al ruiseñor.
DUQUE. (*A Bolbaya.*)
Venid acá, maestro...
Estais temblando...
BOLBAYA. Ay Dios!
DUQUE. Oir quiero á la dama,
que soy conocedor.
BOLBAYA. (*Trémulo.*)
No sé si puede...
DUQUE. (*Sospechoso.*)
Cómo?
GENARO. (*Rápidamente á Zerlina.*)
Al punto, una cancion.
ZERLINA. (*A Genaro.*)
Qué dices?

GENARO. (*A Zerlina.*)
Yo lo mando.
BOLBAYA. (*Al Duque.*)
Quizá no se halle en voz!...
DUQUE. Probemos.
BOLBAYA. (*Decidiéndose.*)
Pecho al agua:
cantad en *mí menor.*
GENARO. (*A Zerlina.*)
Cantad, pues!
ZERLINA. (*Ap.*)
Si me oye,
quizá vendrá Escipion.
DUQUE. Silencio!
GENARO. Callen todos.
BOLBAYA. Valedme, santo Dios!
ZERLINA. Gallardo marinero
que cruzas por el mar,
regresa pronto al puerto,
tu amante aguarda ya.
Ah! ah! ah! ah!
ah! ah! ah! ah!
TODOS. Muy bien, divinamente:
magnífica es su voz.
(*Oyese un gran ruido dentro.*)

ESCENA XIV.

Dichos.—CAZADORES *calabreses saliendo de la puerta del fondo y trayendo á* ESCIPION *preso.*

CORO DE CAZADORES CALABRESES.

Vigilando entre las rocas
deslizarse á un hombre vimos,
y al momento supusimos
que seria criminal:
sin perder un solo instante,
silenciosos le seguimos,
le alcanzamos, le cogimos,

regresamos, y aquí está.

ZERLINA. *(Aparte mirando á Escipion.)*
Ah! qué miro!

GENARO. *(Id.)*
Oh contratiempo!

DUQUE. Qué feliz casualidad!
(A los soldados.)
Por el hombre que habeis preso
rico premio se os dará.
(A todos.)
Cayó al fin Marco-Tempesta.

ZERLINA. *(Aterrada.)*
Él Tempesta?

DUQUE. Á no dudar.

ESCIPION. *(Indignado.)*
Yo Tempesta!!!

CORO. Es el bandido
tan valiente y tan audaz?

ZERLINA. No es posible: os engañais.

DUQUE. *(Le da un papel.)*
No me engaño, no: tomad!
Las señales son exactas:
no me puedo equivocar.

(Mirando alternativamente á Escipion y al papel.)

ZERLINA. Qué he leido! Santos cielos!

CORO. Es Tempesta, claro está.

ZERLINA. *(Leyendo.)*
«Desde ayer va por el monte
disfrazado de oficial.»

DUQUE. *(Enseñando á Escipion.)*
Ya lo veis.

ZERLINA. *(Leyendo.)*
«Tambien sostiene
ser del Etna el capitan.»

ESCIPION. *(Fuera de sí.)*
Esa astucia tan villana
voy al punto á descifrar.
No soy Marco: es...

TODOS. Quién?

GENARO. *(Al oido de Escipion.)*
Calla!
lo has jurado.

ESCIPION. *(Se detiene y dice aparte á Genaro.)*
Atroz juramento
mi voz encadena,
y á ser me condena
tu víctima aquí:
mas yo te prometo
lavar esta afrenta,
venganza sangrienta
tomando de tí.

ZERLINA. Atroz desengaño
me abruma de pena,
y á ser me condena
por siempre infeliz.
Huyó la ventura,
huyó la esperanza
de dulce alianza:
ay triste de mí!

GENARO. *(Mirando á Escipion.)*
Formal juramento
su voz encadena,
y á ser le condena
la víctima aquí:
si firme se muestra
y guarda el secreto,
librarle prometo
y hacerle feliz.

BOLBAYA. No entiendo una jota
de aqueste embolismo:
quisiera ahora mismo
estar en Pekin.
El miedo me ahoga,
pues todos me miran.
Sin duda conspiran,
ay Dios, contra mí!

DUQUE. Mi nombre en la córte
será celebrado,
pues ya aprisionado
Tempesta está aquí.
La suerte propicia
en todo me asiste,
que nada resiste
al genio, al ardid.

SOLDADOS CALABRESES. La suerte sus dones

nos ha dispensado,
pues ya aprisionado
Tempesta está aquí.
Daránnos sin duda
el premio ofrecido
por este bandido,
terror del pais.

LOS CONTRABANDISTAS. La farsa del canto
al Duque seduce,
y nécio conduce
el lobo al redil:
las telas y el oro
que nuestros hallemos,
llevarlas debemos
muy lejos de allí.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El teatro representa un rico salon circular en el palacio del Duque de Pópoli: tres puertas en el fondo que abren una terraza con un balcon que cae sobre el mar. Puertas laterales. En primer término á la derecha, una mesa, sobre la cual se encuentra un bandolin napolitano y papeles de música: á la izquierda un velador con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

GENARO.—PECCHION.—BOLBAYA Y LOS CONTRABANDISTAS *vestidos con ricos trajes, y sentados alrededor de una mesa espléndidamente servida colocada detrás de las puertas abiertas del fondo.*

CORO. (*Adelantándose y bajando á la escena.*)
El vino rancio
de grato olor,
conforta el ánimo,
le dá valor.
Llenad las copas,
llenad, llenad.
Por nuestra empresa
brindad, brindad!
(*Levantando las copas.*)
Que el plan osado
tenga buen fin,
y rescatemos
todo el botin.

GENARO. Alzad las copas,
al Director
de nuestra orquesta
gloria y honor.
TODOS. (*Haciendo un grande estrépito, aplaudiendo el brindis que repiten.*)
Brabo, brabísimo.
Al Director
de nuestra orquesta
gloria y honor.
(*Beben.*)
BOLBAYA. (*Dando las gracias forzadamente.*)
Gracias, mil gracias.
(*Aparte y con furor reconcentrado.*)
Refrito estoy,
pues de estos pillos
juguete soy.
CONTRAB. El vino rancio
de grato olor
conforta el ánimo,
le dá valor.
Llenad las copas,
llenad, llenad:
por nuestra empresa
brindad, brindad.
(*Beben.*)

ESCENA II.

Dichos, y BEATRIZ *que al final del coro aparece en la puerta del fondo.*

BOLBAYA. Qué veo!
GENARO. Es Beatriz.
BOLBAYA. (*Corriendo hácia ella y abrazándola.*) Ay Beatriz de mi vida, qué te trae por aquí?
BEATRIZ. (*Enseñando una carta.*) Esta carta que he recibido.
BOLBAYA. (*Tomándola y abriéndola.*) Dámela. (*Lee.*) »Marchad inmediatamente al Palacio Pópoli, en donde vuestro amigo Francisco, de vuelta de un largo viaje, desea abrazaros.»

BEATRIZ. (*Con alegría.*) Será cierto!

BOLBAYA. (*Continuando.*) »Ademas ha jurado cederos la parte de la herencia que le dejó su padrino el señor cura. »No sé qué significa esto... (*A los demas.*) Podríais esplicármelo?

GENARO. Eso es un nuevo incidente que complica el enredo de la ópera que vamos á representar.

BOLBAYA. (*Colérico.*) Pero ¿en dónde diablos se esconde ese Francisco? Por qué no se presenta?

GENARO. Si teneis empeño en ello, descuidad que se presentará para el desenlace. (*Volviéndose á los suyos.*) Vamos, basta de broma: al negocio. (*A Beatriz.*) Puesto que te han dado una cita en este palacio, puedes entretanto recorrerlo á tus anchas, pues nadie te lo impedirá en atencion á que somos sus amos desde anoche. (*Sale Beatriz: los contrabandistas en el fondo al derredor de la mesa apuran las botellas: Genaro trae á Pecchion en primer término.*)

GENARO. Has encontrado ya lo que buscábamos?

PECCH. Sí; las mercancías, las joyas, las piastras... Ya lo tenemos dispuesto todo: al recoger esos efectos, he tomado en el cajon de la mesa del Duque estos papeles viejos.

GENARO. (*Examinándolos.*) Qué veo! Son cartas y papeles del anterior ministro á quien desterraron por traidor... Perfectamente: ya las leeremos despacio. Ocupémonos ahora de llevar nuestro botin.

PECCH. Tiempo nos sobra, porque hasta la noche no llega el Duque y los convidados á la fiesta.

GENARO. No le hace; llevadlo ahora y ocultadlo en las ruinas inmediatas al mar... en Torre-Vecchia.

PECCH. Y dónde nos embarcaremos?

GENARO. No está ahí el falucho *Etna*?

PECCH. Es cierto.

GENARO. Será preciso que no estorben la operacion los soldados que custodian al capitan.

PECCH. (*Con misterio y bajo.*) No hay cuidado: ya he tomado mis precauciones.

GENARO. Cómo?

PECCH. El gobernador mandó encerrar al que cree Marco-Tempesta, en el torreon, que lo mismo

que ese mirador, domina al mar. (*Señala al fondo.*) Ha entregado la llave al sargento Sampietri recomendándole que ni él ni los tres soldados que le acompañan, pierdan de vista un solo instante la puerta de la prision... Así es que ninguno de los cuatro ha permitido aceptar nada de nuestro festin. Pero como no se rehusa un trago de buen rom, y yo llevaba lleno el frasco... de aquel que tenemos preparado...

GENARO. Sí, del que ofrecemos á los aduaneros cuando queremos que cierren los ojos.

PECCH. Del mismo: bebieron los centinelas y ya tienen lo que necesitan.

GENARO. Está bien: manos á la obra; voy á daros el ejemplo. (*Los contrabandistas que estaban en el fondo se llevan la mesa y se van todos, cerrando las puertas. Preludio de música. Escipion sale por una puerta lateral.*)

ESCENA III.

ESCIPION *solo.*

Podré creer á mis sentidos? Ha sido ella, ella la que ha abierto la puerta de mi prision? Por qué se fué? Por qué no esplicarme lo que causa mi tormento? Es que ha obrado por compasion solamente. Ya no me ama! ama á otro... á otro, Dios mio!

ROMANZA.

Despues de largos años
soñando la ventura,
crueles desengaños
inundan de amargura
mi triste corazon.
Fué una ilusion!
Mi amor ha desdeñado,
amor puro y constante;
é ingrata ya ha olvidado
por otro nuevo amante
mi férvida pasion.
Fué una ilusion!

ESCENA IV.

ESCIPION.—ZERLINA, *entrando con timidez.*

ESCIPION. Aquí se acerca.
ZERLINA. (*Aparte y deteniéndose.*) Qué desengaño! Cómo habia yo de creer que ese hombre es un bandido.
ESCIPION. Os causo miedo?
ZERLINA. Sí.
ESCIPION. Y sin embargo me habeis dado la libertad.
ZERLINA. (*Con emocion.*) Yo no sé cómo ha sido... me acerqué á los soldados para pedirles permiso de hablaros, y no me respondieron... estaban dormidos... cosa mas rara!... El sargento tenia en su mano la llave de la prision: se le cayó al suelo... la recogí... y sin querer... abrí la puerta.

DUO.

ZERLINA. Salvando á un prisionero
conozco que hago mal:
no importa, ya estais libre:
podeis luego marchar.
ESCIPION. Traidora! te apresuras
á darme libertad,
tan solo por quedarte
en brazos de un rival.
ZERLINA. Rival! qué es lo que dices?
mi hermano es nada mas.
ESCIPION. Tu hermano! Justo cielo!
repítelo: es verdad?
ZERLINA. Genaro, que mi dicha
procura con afan,
y á vos por ser quien sois,
mi mano niega ya.
ESCIPION. Qué escucho!
ZERLINA. Y me prohibe
os vuelva á ver jamás.
ESCIPION. (*Con amargura.*)

Y vos cedeis sin pena!

ZERLINA. Sin pena!!!

ESCIPION. (*Con acento de reconvencion.*)
Sí!!!

ZERLINA. (*Vivamente.*)
Callad.
(*Despues de un momento de lucha, y como no pudiendo resistir, dice.*)
Por mas que el decirlo
me cueste rubor,
el pecho ya estalla
de pena y de amor.
Mas vete, bien mio,
que tiemblo por tí;
es fuerza que al punto
te ausentes de aquí.

ESCIPION. Delicia suprema,
divino rubor,
al fin ha estallado
tu pecho de amor.
No temas, bien mio,
no tiembles por mí,
que soy inocente
y digno de tí.

———

ZERLINA. Y si eres digno de mí, si eres inocente, por qué te han preso?

ESCIPION. Perdóname si ahora no puedo decirlo, pues me lo impide un juramento sagrado. (*Se ha acercado á la mesa, y escribe rápidamente.*)

ZERLINA. (*Despues de una ligera pausa.*) Te creo; tengo necesidad de creerte.

ESCIPION. (*Le dá un pliego cerrado.*) Toma, entrega á tu hermano este papel; en él está mi justificacion.

ZERLINA. Alguno se acerca; vete, vete.

ESCIPION. Adios! adios!

ZERLINA. Adios! (*Se vá Escipion por la puerta derecha.*)

ESCENA V.

ZERLINA.—GENARO, *entrando por el fondo.*

GENARO. Ya están hechos todos los fardos... solo falta que se los lleven. (*Vé á Zerlina.*) Ah! me esperabas! Ya estoy aquí: qué tenias que decirme?

ZERLINA. (*Tímidamente.*) Queria hablarte de... de... no me atrevo á pronunciar su nombre.

GENARO. Ya lo sé... Y qué mas?

ZERLINA. Ahora comprendo por qué me dijiste anoche que no volviese á pensar en él... es un contrabandista.

GENARO. Si no fuera mas que eso, podria disculpársele.

ZERLINA. De veras?

GENARO. Hay tantos que se dedican al contrabando por no poder dedicarse á otra cosa?

ZERLINA. Verdad que sí?

GENARO. Y que volverian al buen camino si pudieran!

ZERLINA. Eso es lo que yo digo; por lo mismo se debe ser con ellos indulgente.

GENARO. (*Conmovido.*) Qué buena eres! Cuando tengas un marido, riquezas y un título, no hables nunca de tu hermano, nunca; pero piensa en él algunas veces!

ZERLINA. (*Con timidez.*) Siempre, siempre... Pero... y él?...

GENARO. Voy ahora mismo á su prision para libertarle.

ZERLINA. Tú? Será posible!... Con que no es un crímen hacer que se escape un contrabandista?

GENARO. No.

ZERLINA. Ni proporcionarle los medios para su fuga?

GENARO. Al contrario.

ZERLINA. (*Con alegría.*) Pues entonces, no te tomes ese trabajo, Genaro.

GENARO. Por qué?

ZERLINA. Porque es cosa hecha; se ha ido.

GENARO. (*Ap.*) Cielos!

ZERLINA. Yo misma acabo de darle libertad.

GENARO. Qué oigo! corramos.

ZERLINA. (*Deteniéndole.*) Ya está lejos... Pero tranquilí-

zate. Me ha prometido al marchar hacerse hombre de bien, para ser digno de mí y de tí. Y en prueba de ello, hé aquí la carta que te ha escrito.

GENARO. *(Tomando la carta.)* Qué me podrá decir? *(Lee aparte.)* «Sé que Zerlina es hermana vuestra, »no importa; la amo, y soy amado de ella. »Ayer, sin saber nada, me la ofrecísteis en ca»samiento; yo os la pido hoy.» *(Deteniéndose y con emocion.)* Bien, muy bien, capitan Escipion! A pesar del daño que nos causa su fuga, juro, si no me matan, hacerlos duques de Pópoli. *(Lee aparte.)* «He cumplido mi juramento; pero »comprendereis la necesidad que tengo de jus»tificarme á los ojos de todos y á los de mi «amada.» *(Ap.)* Pobre jóven... tiene razon! *(Continuando.)* «Sin embargo, no lo haré sino »cuando vos no corrais peligro alguno: apresu»raos á partir, y procurad estar lejos del pala»cio al dar las doce.» Marcharme... marcharme... eso no es posible ahora.

ZERLINA. *(A Genaro con admiracion.)* Genaro! Genaro, en qué piensas?

GENARO. En que tu amante es un escelente mancebo... no, es un diablo en persona, á quien quiero hacer rico y poderoso, y que parece ha tomado á empeño causarme todo el daño posible. *(Se oye hablar dentro.)* Qué oigo! La voz de monseñor. Vete, vete.

ZERLINA. No me voy... te encuentro no sé cómo; parece que te has vuelto loco.

GENARO. Y sobran motivos para estarlo... Pero vete, repito, vete, y si no, no te caso.

ZERLINA. *(Dando un grito.)* Ah! me voy. *(Sale corriendo por la izquierda.)*

ESCENA VI.

GENARO.—EL DUQUE, *entrando por la derecha.*

GENARO. (*Ap.*) Qué contratiempo! Llega antes que se lleven los fardos. (*Alto.*) Sois vos, señor Duque? No os esperábamos hasta la noche.
DUQUE. He debido anticipar mi venida por razones políticas y personales... Por cierto que al pasar por la antesala, única pieza que he atravesado, lo he visto todo revuelto; no hay cosa en su sitio.
GENARO. Ya se vé! Como os habeis metido de improviso en una casa en que se va á representar una comedia... y en medio de gentes que se preparan á daros una sorpresa...
DUQUE. Tienes razon. Y dime, saldrá todo bien?
GENARO. Quizá no salga á vuestro gusto: pero en fin, se procurará que sea lo mejor que se pueda.
DUQUE. Y cómo se llama la ópera?
GENARO. Alí-Babá.
DUQUE. Ya; *Alí-Babá, ó los cuarenta ladrones.*
GENARO. Pues!

CORO. (*Dentro.*)
Abrid las carpetas;
romped las gabetas,
coged sin tardanza
el rico botin.
Llenad los bolsillos,
las capas, justillos;
deprisa, que el amo
vendrá luego aquí.

DUQUE. Qué estan diciendo de romper las gabetas y de llenarse los bolsillos?
GENARO. (*Aparte.*) Somos perdidos.
DUQUE. (*Con bondad.*) Están ensayando?
GENARO. Justamente, ensayando.
DUQUE. Se les oye perfectamente.
GENARO. Demasiado.

DUQUE. (*Quitándose la espada y poniéndola sobre la mesa de la izquierda.*) Me agrada ese coro: hay entusiasmo... pero no van unidos.

GENARO. Cada uno de ellos hace cuanto puede separadamente. (*En este momento atraviesa Pecchion por la galería seguido de muchos contrabandistas cargados de fardos y cajas que se llevan por la parte opuesta. Genaro, asustado, enseña el Duque á Pecchion, y le hace señas de que se retire. Pecchion pasa vivamente y cierra la puerta; durante este juego de escena, el Duque, que se ha quitado la espada, se vuelve bruscamente en el momento en que se cierra la puerta.*)

DUQUE. (*Vivamente.*) Qué era eso?

GENARO. (*Con sangre fria.*) Nada, nada.

DUQUE. Voy á verlos.

GENARO. (*Interponiéndose para que no entre por la puerta de la derecha.*) Oh! permitidme; no entreis, monseñor.

DUQUE. Por qué?

GENARO. Porque les estorbaríais.

DUQUE. (*Insistiendo.*) Qué disparate! les haré algunas observaciones sobre el compás. (*A pesar de la resistencia de Genaro, abre la puerta de la derecha: todo ha desaparecido.*)

GENARO. Ya han concluido y se han marchado.

DUQUE. (*Bajando la escena.*) Lo siento... pues me habria divertido un poco.

GENARO. Vuestra repentina llegada les estorbaria sus trabajos. . es seguro que ni ellos ni yo esperábamos que volviéseis tan inesperadamente, lo cual, sin duda, anuncia alguna nueva combinacion diplomática.

DUQUE. Lo has acertado. Aunque ya era media noche cuando llegué á Nápoles, ya se sabia allí esta mañana la prision de Marco-Tempesta... El ministro, al darme la enhorabuena, me ha anunciado que enviaria hoy mismo á este palacio á un comisario régio, á fin de asegurarse de la identidad y de la persona del preso, con órden terminante de trasladarlo á Nápoles esta noche... Esto va á trastornar mi fiesta y te confieso que no me hace gracia ninguna.

GENARO. Menos le hará á él.

DUQUE. Me he adelantado al comisario con objeto de tener una entrevista con el preso, y sacarle, ofreciéndole el perdon...

GENARO. (*Vivamente.*) De veras?

DUQUE. (*Continuando.*) Que no se le concederá, los papeles y los títulos con cuya publicacion me ha amenazado...

GENARO. (*Con frialdad.*) No los entregará.

DUQUE. Qué sabes tú!

GENARO. (*Idem.*) Dice á todo el que le quiere oir, que ayer en la Piedra Negra le tendísteis una emboscada; y añade que el honor y la lealtad son cualidades indispensables para ser Duque de Pópoli.

DUQUE. Habrase visto mayor insolencia!

GENARO. Apoyándose en lo dicho, ha resuelto despojaros de vuestro título y dárselo á otro.

DUQUE. Y quién es ese otro?

GENARO. Vuestro sobrino, á quien, segun dice, está seguro de encontrar.

DUQUE. Eso lo veremos; inmediatamente y sin que pueda hablar con nadie, dispondremos que se le juzgue y condene por un consejo de guerra.

ESCENA VII.

Dichos.—BEATRIZ *corriendo.*

BEATRIZ. Monseñor, Marco-Tempesta que me habia prometido devolverme á mi Francisco...

DUQUE. Qué le ha sucedido?

BEATRIZ. Se ha escapado!

GENARO. (*Al Duque.*) Qué os decia?

BEATRIZ. Se ha encontrado abierta la puerta de su prision.

DUQUE. Y los soldados que le custodiaban?

BEATRIZ. Alli estan.

DUQUE. Pero esto es un sueño...

BEATRIZ. Eso es justamente lo que tienen, porque los cuatro duermen á mas y mejor. Y lo singular

es, que acaba de llegar un comisario régio para llevarse al preso.

DUQUE. Y qué ha hecho?

BEATRIZ. Mandar á los dependientes de justicia que le acompañan, que vayan al punto á la playa, tomen una lancha y se dirijan al falucho Etna, que está anclado á un cuarto de legua de aqui, y le digan al capitan Escipion que venga inmediatamente con los quince soldados y marineros que le tripulan.

DUQUE. Perfectamente. Marco-Tempesta no puede estar lejos.... quizas no haya salido aun del palacio; de modo que cercándolo bien, no tiene escape y se le volverá á prender.

BEATRIZ. Prenderle... si es el diablo en persona. ¿Podeis concebir que preso y todo haya saqueado parte del palacio?

DUQUE. (*A Genaro.*) Qué disparate... como si eso fuese posible estando vosotros aqui.

GENARO. Pues!

BEATRIZ. Sin embargo, lo ha hecho, y nadie lo ha apercibido.

DUQUE. (*Inquieto.*) Han penetrado en mi gabinete?

BEATRIZ. Me parece que sí.

DUQUE. Cielos! Es que en él habia papeles muy importantes, y entre ellos unas cartas del ministro que cayó en desgracia.

GENARO. (*Hace un gesto de alegria; lleva la mano al bolsillo donde colocó los papeles, y dice al Duque á media voz.*) ¿Cómo vos, hombre de estado, que sois la misma prudencia, conservais esas cartas?

DUQUE. Como no se puede adivinar lo que ha de suceder, y podria volver al poder... Pero voy á asegurarme por mí mismo. (*Váse por la derecha.*)

BEATRIZ. Sí, vamos.

GENARO. (*Deteniéndola.*) Quédate; tengo que hablarte.

BEATRIZ. De Francisco?

GENARO. Sí: ese Francisco á quien deseas volver á ver...

BEATRIZ. Dónde está, dónde está?

GENARO. Está... (*Ve á Pecchion que entra por el fondo.*) Luego te lo diré... espera un instante.

ESCENA VIII.

BEATRIZ, *en el fondo del teatro.*—GENARO.—PECCHION.

GENARO. (*Corriendo hácia Pecchion.*) Y los compañeros?
PECCH. (*En voz baja.*) Se han marchado á los subterráneos de la Torre-Vecchia, en donde se ocultarán hasta que dés tus órdenes.
GENARO. (*Id.*) Bien: ve á reunirte con ellos.
PECCH. Y el capitan Escipion?
GENARO. Se ha escapado.
PECCH. Y su falucho?
GENARO. Es preciso que nos apoderemos de él.
PECCH. Brabo! eso me gusta.
GENARO. Manda que uno se coloque de vigía en las rocas que dominan el mar.
PECCH. Qué mas?
GENARO. En cuanto vea pasar quince soldados y marineros, quince, que los cuente, os vais en lanchas hácia el falucho, que cuando mas tendrá á bordo algun grumete; os apoderais de él, colocais allí nuestros tesoros y os haceis á la vela al instante.
PECCH. Y tú?
GENARO. Me esperareis mar adentro, y nadando ó como pueda, me reuniré con vosotros.
PECCH. Pero cómo has de poder escaparte de aqui?
GENARO. Eso queda á mi cuidado. En cuanto esteis en el falucho, y os hagais á la vela, disparad un cañonazo, que me servirá de aviso para irme.
PECCH. Por qué no te vienes ahora?
GENARO. Porque tengo que terminar algunos asuntos de familia... casar á mi hermana y asegurar la suerte de esa escelente muger. (*Señalando á Beatriz.*) Vete, vete. (*Pecchion se vá por el fondo izquierda.*)
BEATRIZ. Mi suerte? no es eso lo que deseo, sino volver á ver y abrazar á mi Francisco.
GENARO. Le verás y le abrazarás... pero eso no le basta á él. (*Desde que se fué Pecchion, se sentó en la mesa de la izquierda y está escribiendo.*)

BEATRIZ. (*Admirada.*) Qué está haciendo? (*Se vuelve y vé á Bolbaya que entra por el fondo izquierda.*) Ah! el señor Bolbaya.

ESCENA IX.

GENARO, *á la izquierda.*—BEATRIZ, *delante, ocultándole á Bolbaya y mirándole.*

BEATRIZ. Qué pálido está!
BOLBAYA. Ya se fueron todos: Yá estoy libre... y puedo respirar... uf!!! (*A Beatriz.*) Sabes que el que esta mañana estaba aqui... Genaro...
BEATRIZ. Qué?
BOLBAYA. Genaro era... (*Ve á Genaro en la mesa y continua balbuciente de terror.*) una persona muy recomendable, digna del mayor respeto, y á quien reverencio, y venero... y...
GENARO. (*Se levanta y se acerca á Bolbaya.*) Qué hora es?
BOLBAYA. (*Temblando.*) Está parado mi reloj.
BEATRIZ. Todavia no son las doce; no han dado aun. (*Vá al fondo, mira y vuelve.*)
GENARO. (*A Bolbaya á media voz.*) No han dado aun... Y tu juramento?
BOLBAYA. Yo no he dicho nada.
GENARO. Ibas á decirlo... Pero desdichado de tí, si pronuncias una sola palabra: porque aquí como en Nápoles, como en la montaña, no faltará quien te deje muerto de una puñalada.
BOLBAYA. (*Tapándose la boca.*) Seré mudo como una piedra.
GENARO. (*A Bolbaya.*) Hé aquí un documento en el cual he puesto mi nombre... necesito que pongas el tuyo.
BOLBAYA. Un documento?
GENARO. Que asegura á Beatriz toda la herencia del cura.
BEATRIZ. (*Con emocion.*) Y vos, quién sois?
GENARO. Quien os repite que esta noche vereis á vuestro Francisco.
BOLBAYA. (*Aparte.*) Si pudiera escapar.
GENARO. (*Sacando una pistola.*) Quieto: escribe! escribe!

BOLBAYA. Con mucho gusto. *(Se pone junto á la mesa y escribe.)*

ESCENA X.

BOLBAYA *en la mesa de la izquierda.*—EL DUQUE *entrando por la derecha.*—GENARO *junto á Bolbaya.*—BEATRIZ *á la derecha.*

DUQUE. *(Colérico.)* Cartas, papeles, todo se lo han llevado... si llego á encontrar á ese infame Marco-Tempesta... si estuviera aquí todavía....

GENARO. *(Vivamente á Bolbaya que vuelve la cabeza en este momento y apuntándole con la pistola.)* Firma, pronto. *(Al Duque.)* Está.

DUQUE. *(A Genaro bajo y mirando á Bolbaya.)* Sería acaso ese..,

GENARO. *(En voz baja.)* Ese es... por unas señas falsas le equivocamos con el otro.

DUQUE. *(Id.)* No fuí yo quien se equivocó, porque recordarás que á la primera ojeada me pareció sospechoso ese hombre.

BOLBAYA. *(Levantándose y con el papel en la mano, á Genaro.)* Tomad. *(Se encuentra frente á frente con el Duque que ha pasado á la izquierda, el cual le apunta con una pistola.)*

DUQUE. Alto ahí!

BOLBAYA. *(Asustado.)* Jesucristo!

DUQUE. Al fin caiste en nuestro poder, Marco-Tempesta.

BEATRIZ. *(Admirada.)* Él!

GENARO. *(Amenazándole por el otro lado y cogiendo el papel que tiene en la mano.)* Atrévete á negarlo.

BOLBAYA. *(Entre dos pistolas.)* No... si... no... yo soy!

BEATRIZ. *(Admirada.)* Lo confiesa!

DUQUE. Entrégame al punto los papeles con que me has amenazado... y en cuanto lleguen los que aguardamos...

ESCENA XI.

Dichos.—Zerlina.—*Despues* Escipion.

Zerlina. (*Corriendo.*) Ya están aquí!
Duque. Quiénes?
Zerlina. Los soldados y marineros del Etna con Escipion. Ya adivinaba yo que era inocente... todos ellos le han reconocido por su capitan.
Duque. Vaya una noticia! de sobra lo sabiamos.
Genaro. (*Viendo entrar á Escipion, mira su reloj y dice aparte.*) Las doce!
Duque. Venid, capitan Escipion; os esperábamos con impaciencia!
Escipion. Todos estamos á las órdenes de V. E. (*Vé á Genaro.*) Cielos! aquí todavía... y yo que he venido...
Genaro. Para abrazar á vuestra esposa... Vuestra es... yo os la doy. (*Empujándolo hácia Zerlina.*)
Escipion. (*A Genaro bajo.*) Me la dais... cuando vengo...
Genaro. Ya hablaremos luego de eso... Entretanto abrazad á vuestro tio.
Todos. (*Asombrados.*) Su tio!
Genaro. Su tio, que no representa ya á la rama primogénita de los Pópoli... porque el heredero directo de ella, sois vos.
Todos. El!
Genaro. (*Sacando los papeles del bolsillo.*) Como lo prueban estos títulos y esta partida de casamiento.
Duque. Eso es una infame suposicion.
Genaro. Es la verdad, monseñor. (*A Escipion.*) Por entregaros estos papeles á vos únicamente, ha retardado Marco-Tempesta su marcha, arriesgando para ello su vida. (*Escipion estrecha la mano de Genaro.*)
Duque. (*Mirando á Bolbaya y poniéndole la mano en el hombro.*) En premio de su heróica accion se le ahorcará.
Bolbaya. Qué barbaridad!
Duque. Yo me encargo de ello!

BOLBAYA. No se merece la pena de que V. E. se incomode por eso.

GENARO. (*Al Duque.*) No os aconsejo que lo hagais.

BOLBAYA. Bendita sea tu boca.

GENARO. Se ha apoderado de vuestra correspondencia; así me lo ha asegurado.

BOLBAYA. (*Vivamente.*) Si señor; se lo he asegurado.

GENARO. Si le haceis prender... si no nos ayudais á hacerle escapar... dirá el sitio en que están los papeles.

BOLBAYA. (*Vivamente.*) Ya se vé que lo diré, que lo gritaré, que lo...

DUQUE. Que se marche: que se vaya.

BOLBAYA. Eso es justamente lo que deseo.

GENARO. Voy á acompañarle. (*Abraza á Zerlina y se dirige á la puerta con Bolbaya.*) Marchemos.

ESCIPION. (*Que ha subido la escena, baja rápidamente.*) Es imposible.

TODOS. Imposible.

ESCIPION. El comisario régio ha cercado todas las salidas de este pabellon, en donde tengo órden de aguardarle.

DUQUE. (*En la puerta izquierda.*) Hácia este lado hay tropa.

BEATRIZ. (*En la derecha.*) Y hácia este.

BOLBAYA. (*En el fondo sobre el mirador.*) Tambien hay en la lancha que está anclada al pié del mirador.

GENARO. (*Aparte y reflexionando.*) Una lancha!

DUQUE. Es imposible salir, mientras estén ahí.

BEATRIZ. No hay medio de escapar.

GENARO. Poco á poco, y no nos aturdamos. (*A Escipion.*) No han venido mas que vuestros soldados y marineros?

ESCIPION. No.

GENARO. Cuántos son?

ESCIPION. Quince.

GENARO. Bien. (*A Zerlina.*) Canta.

ZERLINA. Yo!

GENARO. Sí, al instante.

ZERLINA. Pero...

GENARO. Canta, te digo; es preciso que atraigas con tu voz á los soldados, antes de que entre aquí el comisario.

ZERLINA. Por selvas y prados
saltando vallados
á un ciervo persigue
audaz cazador.
Siguiendo la pista
le pierde de vista,
y pronto cansado
se entibia su ardor;
mas no se detiene
el bello animal
que, astuto, del riesgo
se quiere salvar.
Ah! ah! ah! ah!
ah! ah! ah! ah!

(Durante este tiempo han ido entrando los quince soldados, dos á dos y tres á tres, por diversos puntos, y se van acercando. Genaro se vuelve de pronto, y quieren retirarse: pero él les detiene, y les hace seña de que pueden aproximarse mas: así lo hacen, y mientras aquel, que ha pasado detrás de los soldados, monta sobre la baranda que hay en la galeria y se desliza hácia el mar, desapareciendo al momento en que Zerlina concluye las vocalizaciones. El Duque se aproxima á Bolbaya, y enseñándole los soldados que están distraidos oyendo á Zerlina, le dice aparte:)

DUQUE. Supuesto que es forzoso
os dé la libertad,
huid, Marco-Tempesta!
(Se oye un cañonazo en el mar.)
ESCIPION. Tempesta es libre ya!
DUQUE. *(Hablado.)*
Corred tras él, y matadle.

(Los soldados salen precipitadamente por los lados con el Duque y Bolbaya.)

GENARO. *(En el mar: su voz se oye á lo lejos.)*
Adios, Zerlina mia;
duquesa al fin serás.
No temas por tu hermano,
que rey soy de la mar.

(*Escipion, Zerlina y Beatriz, que se habian asomado á la puerta, bajan á la escena.*)

ESCIPION.
ZERLINA.

Salvóse nuestro hermano,
y surca ya la mar.
Oh Dios Omnipotente,
bendigo tu piedad!

FIN DE LA ZARZUELA.

Aprobada para su representacion por el Censor de Teatros, señor don Antonio Ferrer del Rio, el 7 de julio de 1858.